



Cuatro Poetas

2014

Perfecto Herrera Ramos

Francisco Ortiz

José Moreno Fernández

María Ángeles Lonardi

Cuatro Poetas

Perfecto Herrera Ramos

Francisco Ortiz

José Moreno Fernández

María Ángeles Lonardi

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Colección Letras. nº 87

Serie: Poesía

CUATRO POETAS 2104

© Texto: Perfecto Herrera Ramos
Francisco Ortiz Ibáñez
José Moreno Fernández Guardoño
María Ángeles Lonardi Gette

© Edita: Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

ISBN: 978-84-8108-582-2

Dep. Legal: AL 982-2014

Primera Edición: septiembre - 2014

Diseño, portada y maquetación: Genoveva Plastic Habits.

Mª Eugenia García Raso - Rosmari Martínez Atenza.

Imprime:

Impreso en España

Índice

Prólogo	7
Poemas turineses	12
Geografía	78
Por diciembre en mayo	118
El jardín azul	202

Prólogo

Desde el espacio poético

por Pilar Quirosa-Cheyrouze

Puede olvidar, callar, gritar entonces dentro
la palabra que llega del redondo todo,
redondo todo solo;
que el centro escucha en círculo
resuelto desde siempre y para siempre;
que permanece leve y firme sobre todo;
la vibrante palabra muda,
la inmanente,
única flor que no se dobla.
única luz que no se extingue,
única ola sin fracaso.

Juan Ramón Jiménez

Poeta y Palabra (La estación total)

La memoria, interpretada como ética y motor de reflexión, accede a un espacio lleno de sugerencias por el que se adentran la singularidad y la expresión de un tiempo vivido, recreado desde la esencia literaria. Desde el espacio poético, con su grandeza, intuiciones y encuentros, atravesamos el túnel de un recorrido definido a través de la palabra.

Vida y literatura se internan a través de cuatro poemarios editados por el Instituto de Estudios Almerienses, compilados en un magnífico volumen de poesía, que dejan entrever mundos llenos de sugerencia, posos de libertad y hondura. El territorio poético adquiere pues, una dimensión estructural que visualiza la experiencia poética, firmeza de la voz y sensibilidad llena de signos. Sano pretexto para integrar la capacidad expresiva y los puntos de luz anexos a la palabra, trasunto y realidad vertidos en la ruta literaria del pensamiento.

Así, Poemas turineses, de Perfecto Herrera Ramos, poemario emotivo y esencial, nos lega impactantes momentos de eternidad en la captación de la imagen, en cada ángulo cognitivo, en los márgenes y en la intertextualidad de su contenido, los pasajes italianos y el profuso legado literario, traduciendo, verso a verso, una geografía exacta y luminosa, transfigurada y vivencial, que universaliza una huella indeleble en la trayectoria poética.

Geografía (Poemas), de Francisco Ortiz Ibáñez, nos acerca al paisaje del levante almeriense, trazando una topografía llena de singularidad. Los versos se integran en los enclaves del Cabo de Gata, acompasando cada eco con interludios de silencios, elaborando un marco especialmente emotivo y vivencial. Un enfoque fotográfico, presencial, evocador de un tiempo irrepetible, aportando, como fiel legado, la singularidad de la imagen.

Por diciembre en mayo, de José Moreno Fernández, enlaza tradición y pulsión experimental en un amplio abanico de confluencias, desde la evocación de la tierra y la añoranza, que se nutre de la experiencia vivencial y cotidiana, un exilio que encausa evocación amorosa, intimismo y sutil reflexión. Emigración y vida trazan una línea paralela a la memoria sentimental, un recorrido intenso y compartido, desde una voz matizada por los recuerdos.

El jardín azul, de María de los Ángeles Lonardi Gette, refleja la pulsión sensorial de un tiempo que juega con la simbología y el onirismo, para internarse, palmo a palmo, pausadamente, por un universo de sensaciones que convocan a recorrer diferentes parcelas intimistas. Un jardín, de herencia modernista, donde se detienen las pausas, los deseos vitales y la esperanza, delta de un recorrido sin límites.

Cuatro poemarios, cada uno de ellos portador de su propio sello creacional, que pulsan un cauce de singularidad en la fuerza de la palabra, y se adentran, intramuros, por la esencia constructiva, la memoria como ética y desarrollo esteticista. Vanguardia, conciencia y experiencia, ubicadas en el trayecto de la planicie creativa que alarga esa sombra necesaria y protectora. En su conjunto, un albergue que potencia una fuerte carga de sentimentalidad e impulso creacional, que da valor y significado literario a la búsqueda y el encuentro con la otredad y la mismidad del ser. Un equilibrio imprescindible para incorporar el paisaje intimista, recreado, y la proyección vivencial de cada autor.

Poesía y diversidad, simbolismo, experiencia y diferencia, experimentación que lleva a compartir, si no directamente una posible transformación del mundo, sí a enriquecerlo. Una secuencia de actos verbales que confluyen en un espacio atrayente de vasos comunicantes que son, resolutivamente, los cauces que enriquecen las diferentes propuestas, con el consiguiente hallazgo de una verdad, un aprendizaje, una puesta en escena, una mirada. En definitiva, una identidad donde queda reflejada la música interiorizada de la memoria.

Un enlace con mundos llenos de sugerencias que anticipan la memoria crítica de la existencia, el valor de un camino y la apuesta por la poesía vital y constructiva. El pulsar de una trayectoria vital que conjuga el querer ser con el querer ver, palpar y sentir. Compartir un intenso recorrido que abarca testimonios de luz, al significar y dignificar una herencia compartida: el presente, el legado de un tiempo pasado y la esperanza de futuro a través de la creación poética.

Pilar Quirosa-Cheyrouze
Almería, otoño de 2013



Poemas Turineses

Perfecto Herrera Ramos

Perfecto Herrera Ramos

Nace en Berja (Almería) el 6 de junio de 1956, vive en Granada entre los años 1970 a 1982, donde cursa la licenciatura de Derecho. Durante esos años lleva una intensa vida cultural, y pertenece a diversos grupos de Teatro Independiente. Actualmente el funcionario del Cuerpo de Habilitados Estatales de Administración Local.

Tiene publicados poemas en el libro “Tu voz poeta”, editado por la Asociación Cultural Myrtos Al Manar, junto con cuatro poetas más, los poemarios Cuando pase el tiempo, por la editorial Ediciones Albores de Sevilla y Luz vibrante en mar que riela, por la editorial Lampedusa.

Ha publicado poemas en diversas revistas literarias: Sayenko, 3D3, Ágora, etc, y también en diversos blogs: Lluvia de arena, La voz bordada en verso, Borde de Bruma, Blog de literatura y algo mas, Oasis de palabras, Lucernarios, Poetas Andaluces Contemporáneos, Poetas para el siglo XXI, Antología Poesía Universal, etc.

Ganador del Premio Erato 2010. Ganador II Premio de Poesía “Mundo Solidario” 2010. Finalista del I Concurso Internacional de Nano Literatura de Proyecto Expresiones 2010 de Venezuela. Finalista del Concurso Ediciones Literarte 2010 de Argentina.

Índice

POEMAS TURINESES

Prólogo	18
Nota del autor	23
Primer poema	24
I	25
Corso Casale	26
Serena luz	27
Alabanzas	29
La jaula y el vacío	30
Desciende	31
El misterio	32
Lo eterno	33
Es posible	34
Estremecer	36
La esperanza	37
Otredad	38
Siempre la luz	39
Son las raíces	41
II	42
Presencia mística	43
Silencio	44
Dudas	46
En las palabras	48

Índice

POEMAS TURINESES

III	49
Sábana Santa	50
El testigo	52
Quién sabe	54
Pasado hoy	55
Oscuridad	56
Oh, desamparo	57
El sueño y la luz	59
Dolores	61
Árboles invernales	62
Bajo las luces de una lámpara	64
Inexistencia de luz	65
Sombras	69
IV	70
Nunca he sido posible	71
De aquel tiempo	72
Olvido	74
V	75
Encontradas impresiones	76

Prólogo

Pudiera parecer del todo inexcusable y exigible en un prólogo la recomendación de la lectura de la obra prologada. En este caso, avisado lector, debo confesar que lo es. Resulta serlo desde las primeras líneas a las últimas de un poemario cuajado de versos que nacen con vocación de permanecer entre nosotros y durar en el tiempo.

Los porqués podemos encontrarlos en aspectos que van desde los temas tratados hasta los recursos expresivos y los rasgos de una escritura dotada de voz propia que discurre con la naturalidad de *un lenguaje verdadero y melódico, aquel que para llegar a poseer -en palabras de Novalis- hace falta tener un espíritu amplio, atento y tranquilo.*

La poesía de Perfecto Herrera no se mueve por los tejados y aleros de la nada, de lo retórico y oscuro. Es una poesía nacida de la necesidad que se percibe en una escritura sin titubeos, puesta en palabras de un lenguaje claro, con seguridad y decisión. Poesía de la necesidad de saber de dónde venimos, de qué costumbres y creencias nos alimentamos, de qué mimbres estamos hechos. La muerte, el dolor ante la injusticia, el amor y el desamor, la belleza, la fraternidad o el canto solidario, serán lugares por donde transite su poesía en busca de respuestas; poesía incardinada en la cultura definida como conjunto de creencias, gustos, ideas y

comportamientos, el *mundo real y verdadero en el que el poeta se siente arraigado*, como expresaba Victoriano Crémer.

Los Poemas Turineses se nos ofrecen como la expresión personal de un paisaje interiorizado. Los referentes autobiográficos sustentan los poemas en escenas fragmentadas impregnadas de sentimientos, emociones y sensaciones que apuntan al yo interior en relación a experiencias pasadas. El impulso estético se dirige al fondo de la escritura, que es la vida misma, materia del poema. El mundo y la percepción del mundo y el modo de explicarlo, es la poesía. La manera de manejar los elementos que median en esa explicación, palabras y sentimiento, es lo que conforma la ya mencionada particularísima voz del poeta, personal y potente, en su pretensión de conmover a través de la palabra abierta a múltiples significados, poliedro de evocaciones y sugerencias que conectan directamente con la emoción y el mundo onírico. Los poemas de Perfecto Herrera son, en ocasiones, un sueño del que al despertar nos deja la huella profunda y persistente de la emoción.

La rueda de las palabras con la que Perfecto Herrera mueve el caleidoscopio de la poesía sustenta un sólido discurso asentado en la unidad del lenguaje. A este respecto cabe tener en cuenta la consideración que hacía Manuel Azaña sobre lo que puede considerarse poesía, que no es sino *nombrar en los dos valores del idioma, el sensual y el conceptual, apartándose de toda petulancia*

sonora de palabras y expresiones y evitando el escrito artificioso, el encumbramiento verbal y apartamiento de toda naturalidad en frases rimbombantes.

Tienes ante ti, amigo lector, una poesía más cerca de la vida que de la literatura y a la que sobran adjetivos, pues su función esencial se nos manifiesta como un fenómeno revelador que proyecta sin etiquetas la vida interior del poeta en una creación lírica asumida desde la libertad. Entre sus rasgos distintivos puedes encontrar un exquisito equilibrio, suave armonía y toda evitación de extremismos para brotar cada verso de manera reflexiva y meditativa. Porque –y vuelvo a Novalis- no es posible una escritura cimentada en un verdadero lenguaje *cuando en el corazón del hombre ruge la tormenta que anubla con todo y disuelve la atención en un caos de ideas*. Lo único que resultaría de todo ello no sería sino *una palabrería confusa y enmarañada*.

En los Poemas Turineses se nos hacen reconocibles los lugares donde brota el poema con su carga histórica, en vocablos y símbolos que se repiten a veces de manera obsesiva, como la idea de la resurrección, la eternidad, el paso inexorable del tiempo, la trascendencia. El paisaje urbano, humano, cultural e histórico, se nutre de referencias a través de la apropiación de términos sagrados: fe, caridad, Dios, Ecce homo, sudario, per secula seculorum, milagro, cielo, místico, revelación, la paloma, de gracia lleno (de *Virgen María llena eres de gracia*) en la superación de las connotaciones religiosas para dotarlos de un profundo contenido laico y humanista.

Pero el paso del poeta por las experiencias de los rincones de la ciudad no es el de simple cronista que da fé de la realidad, sino que interioriza dicha experiencia y elabora una interpretación en la que su entrega al impulso estético, la belleza expresada, se asienta en el peso de una actitud, como he dejado dicho en el párrafo anterior, profundamente humanista. Algunos ejemplos los encontramos en poemas como *Sábana Santa*; en él, desde las referencias explícitas a la ciudad de Turín y la religiosidad en que se asientan su pasado y su historia, el poeta extrapola el testimonio histórico, desposeído de su sentido estrictamente religioso, a situaciones y hechos en los que los asesinados y víctimas de las distintas guerras yacen en fosas comunes ignoradas, sin honor, ni el reconocimiento justo, ni el consolador abrazo del sudario.

La coherencia del discurso poético de Perfecto Herrera nos seduce con su estilo en poemas con un fraseo variado y rico, en el ahondamiento de los sentimientos evocados por el laberinto de la ciudad que, en sus calles y plazas, encuentra su réplica en el laberinto de poemas por el que transitamos. A través de este paseo urbano en compañía de una poesía tranquila, de admirable serenidad, hacemos un recorrido interior con el paso del tiempo ocupando un lugar relevante como yo existencial en un inventario en el que la topografía de la escritura y la de la ciudad se revelan ricas en símbolos de la luz, del otro mundo, del sentido de la existencia, la resurrección o ansia de trascendencia más allá de los límites de la fé para superarla en un acercamiento filosófico

y humanista a los eternos interrogantes sobre la razón y el sentido último de nuestra propia vida.

En tus manos queda, atento lector, la grata aventura de leer, que es vivir, el manojito de poemas y la lucidez que se ofrecen en este libro, en la seguridad de salir de ella más bueno, más rico, más feliz; cosas todas ellas escasas y raras entre los bienes del mundo que nos ha tocado habitar y que esconden, en afortunadas ocasiones, tesoros como el que ahora tienes entre las manos.

Julio González Alonso

Poemas turineses

“En aquellos tiempos siempre era fiesta”. Así inicia Cesare Pavese su novela *El bello verano*, y, en otro lugar de la misma trilogía, apunta: “Llegué a Turín bajo la última nieve de enero, como los saltimbanquis y los vendedores de turrón.” Cuando llegué yo mismo a la ciudad piamontesa, hacía también frío y el nuevo año estaba a punto de iniciarse, pero no se veían los saltimbanquis: a despecho de la obligatoria y beata alegría de la navidad, yo iba pensando en cómo debían sonar las alarmas en los meses de la ocupación nazi de Turín, casi al final de la guerra, influido, sin duda, por el relato de Pavese *La Casa en la Colina*.

Pero no había ido hasta allí sólo por Pavese, sino también por Primo Levi y por Emilio Salgari, que hicieron lo mismo que el autor de *Lavorare stanca*: suicidarse. De manera que, aunque yo no oía las alarmas y me costaba imaginar, en aquel orden burgués del centro de Turín, las insignias del puñal y la calavera de las milicias fascistas o las motocicletas de los soldados alemanes, iba buscando los ecos que la autodestrucción de aquellos tres escritores había dejado en la topografía codiciosa de la ciudad.

Era imposible no sacar una enseñanza y un deseo de esperanza.

El autor

Primer poema

La ceniza que queda
tras lo que ha ardido en solitario.

La sustancia del tiempo y la memoria
en la secreta forma del vocablo
hecha luz, pura piedra,
como queda el diamante recién tallado.

I

Corso Casale

“Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”

Cesare Pavese

He abierto en mí los ojos:
soy las luces de la aurora,
el centro que ya, diáfano, ha despertado,
y los pájaros trazan con su silbo
un dibujo indeleble en la mente
como en el agua de un espejo.

Soy todo en mí, soy todo y uno.
Asumo la vida y la muerte
como parte de la experiencia...

... y hoy, nada es más importante
que el contorno de luz de la arboleda
de Corso Casale.

Serena luz

“Fui luz serena.”

Soliloquio del farero

Luis Cernuda

Al adentrarse el otoño,
el reino vegetal encoge
su raíz solitaria,
rastrilla el aire tenue
la hojarasca caída,
y en sus fronteras cabe el fruto,
en la boca el helor,
en el sombrío observar del año
las esencias del tiempo,
las fértiles sustancias del sarmiento
o del granado albar.

Y ahora ven tú,
la translúcida luz del atardecer
a desmayarte lánguida.
Y tú,
la remota palabra,
a nombrar lo inasible
con impalpable voz el eco
de la tierra que sueña.

Los rojos y amarillos,
esfaltando los bosques y avenidas,
cubren de luz solemne
todo el orbe concorde.

Y en la serena luz,
todo se santifica y se apacigua,
todo se perpetúa.

Alabanzas

*“Conviene que fablemos,
del pleito de mi duelo.”
Gonzalo de Berceo*

Observad mi aflicción,
en tanto me alzo en alabanzas...

... porque vengo del rocío de los lirios
de la humedad de la noche,
de la fragancia de las flores...

... y la esperanza es un ebrio estandarte desplegado.

La jaula y el vacío

A Primo Levi

Diríase fino trazo sobre el cielo;
apenas líneas ágiles,
dibujo esbelto y esquemático,
al fin.

Diríase
que su contemplación
desde fuera invitase
a ver solo inocente acogimiento
impreso
sobre la inmensidad sin límite.

Solo cuando sintió
ruda rotundidad en los barrotes,
ávidamente -ya sí- forcejeó
por arrojarse al vacío.

Desciende

Desciende al irisado resplandor
del pez que mora bajo el agua,
desciende tú
a lo que gira y nunca debiera morir
con la luz que, en el fondo,
resiste la mortal oscuridad
del limo.

Ven,
despierta,
y reconócete negado para la sombra.

El misterio

En los ojos la luz del sol,
en una mano, una espada,
en otra, una podadera,
en el centro de mí...
... ¿quién en el centro?

¿Quién: luz, espada, podadera?

El ser.

Flecha en el centro -¿sin dudar?- el ser
vivo y desplegado... y resurrecto,
en la vida, en el misterio.

Lo eterno

Es el olfato calcinada madera seca.
La soledad tiritita
y avanza
bajo la ciega luz de la noche.

Me siento
chasca esperando en la leñera
su ardiente combustión
hacia lo eterno.

Es posible

Es posible enraizar y crecer alto,
desbordadamente, tal savia sangrienta
sobre la rosaleda de las fuentes.

Sí, es posible
que lo gestado hondo y desnutrido
se reproduzca, único y a tientas,
en fruto agraz y desprovisto de su muerte.

Interminable, y ascendiendo
sobre el aire sin límite de la esperanza,
es posible extender lo no cantable,
la luz nacida de lo oscuro.

Es muy posible,
es posible que nadie pare en ello,
que todo se consuma cual devino,
y el ciclo de la vida se cierre y se cumpla.

-Toda resurrección
lleva en su entraña germinal
un eco pálido de muerte,
de indefectible fenecer-.

Pero digo que es posible,
y que la verdad de lo oculto
abre el espíritu
como la piel de una manzana
que al cabo no pudiera
contener su semilla viva e imperecedera.

Sí. Es posible.
Digo que es posible.

Estremecer

En la rosa cayó el estruendo;
sobre sus pétalos
cual dedos intangibles;
y se abrió un brocal en el tiempo
de agua infinita.

Ya el pájaro apuntó resucitado
la leve huella azul de lo inasible:
anécdota e imagen
de la paz y el sosiego.

El espectador dijo:
¡pájaro, rosa..!
y empezó la creación a estremecerse.

La esperanza

En la hoja caída del álamo
confío la esperanza.
¡Tal es!

El viento la arrastra inmisericorde.
Su destino, incierto es.
Más, sueño con tornar al árbol,
a la copa palpitante de las hojas,
al aire alzado al sideral espacio
de los amores íntimos,
a las lastimaduras delicadas
de sus lineales nervaduras,
como si fuesen tenues barcas
de ilusiones perdidas.

La esperanza, la espera
de las ingravidas estrellas
enraizando en la oscuridad.

Otredad

A Darío Fernández

Qué se es sin el otro,
sino un ciego sin luz.

De otros, va uno encontrando
la luz que saja las tinieblas.

Otros, son la materia
que urde la neurona lumínica
del pensamiento,
el ser en el que habitas.

Tú o yo, solos,
tomados uno a uno,
sin otredad,
somos el cero,
la nada.

Siempre la luz

A Elsa Tenca Mariani

Gris también es la luz,
aunque gris no lo sea la mirada
que la contiene y la soporta.

No es gris la tristeza
por más que así
representarla deseemos.

En iris vivo
la luz hará milagros,
porque la vida es espectro
de todos los colores,
de todos los matices
del ser que, vivo, es, en sí,
sin renunciar jamás
al mundo que, invisible,
existe, de seguro, más allá de la mirada.

¡Hacia la luz, amiga, hacia la luz!
¡Que la sombra no nos alcance!

Cuanta luz engendremos
ha de servir
para que nunca nadie de aquella luz dijera:
fue extinguida,
no quedó nada.

Son las raíces

Son las raíces. Las oigo.
Van horadando, pérfidas, la tierra.
Taladran hacia el centro.
Me esperan, allá, en el fondo.

Estoy llamado
a que crezca de mí un árbol celeste.
A él arribarán los pájaros
y, cuando alado vuele con ellos,
seré éter del firmamento,
celeste anhelo, trascendencia.

II

Presencia mística

A José Ángel Valente

In memoriam

Bajo esta aciaga luz gris de la mañana, vive,
aún, en el vibrante
aleteo del ave de las nieves,
el canto sempiterno, la existencia,
el fuego frío de los árboles presentes,
tan presentes aquí, tal el sonido
de los nudillos sobre la madera,
tal la ascensión estática
de todo lo que vuela.

Diríase, -no falta nada-
que en la ausencia del cuerpo,
el tiempo de existir consumado es.
Todo es completo: árbol, ave, frío, cielo.

¿Y tú?
¿Dónde estás?
¿Dónde el pájaro místico?

Silencio

Hoy, en estos momentos
-en que tantas palabras
se avientan en espejos de abundancia,
en que, ilusorias y prolíficas,
amenazan inundación-,
cabe enfrentarse, lúcidos,
al silencio del canto
impuesto por el mirlo en la mañana.

E insistimos con otras letras,
con otras imágenes,
con la desposesión de todo espíritu,
para que todo siga funcionando,
para que el sol encuentre el fruto;
el verbo, la sangre no reconocida;
y se reavive el hálito
de todo lo ya creado.

Y para tan extraño cometido,
sólo se cuenta con un tiempo de mentiras,
de oscuridades, de retornos,
en que se niega la prístina llama
de todo lo que fue original sentido
de la luz y la sombra.

Hoy, sólo tras la ausencia de la propia palabra,
se hace la verdad que aporta más verdad,
que se revela.
Digámoslo y callemos.
¡Silencio!

Dudas

Los autos, al pasar, ponen distancias
en el silencio de la noche.

Por detrás de los horizontes
saltaron nuestras dudas, expectantes,
sobre potros de niebla,
auparon a su cerviz
una luna de púrpura,
y quedose la pluma en el tintero
como imagen indeleble
de prodigios antiguos.

El teclado, indeciso, espera.
Poderosa es la llamada
del encendido cibernético.

Son peces, escondidos,
las dudas en las aguas turbias
de discurso y belleza esclarecida.

La poesía, hoy duda si sonreír
en el sonido de su solo silabario
o en el chispear deleitante del intelecto.

Larga es la noche,
la duda, larga.

Vino a beber una paloma,
de blanco y oro matizada,
la sangre y el laurel que allí había,
y con sus alas,
trazó un arco, de gracia lleno,
donde reposan aún la cortedad
de mis menguadas luces
y el discurrir errático de la poesía.

En las palabras

Yo ya no sé hablar.
Me contempláis callado, circunspecto,
oscuro, taciturno;
pero veis como alumbro
una luz tenaz y sobria
que busca aquél otero al que asomarse
al misterioso devenir del día;
veis que las hojas se cuelgan a mí,
me adornan, me cincelan, me descifran,
me transfiguran en el árbol de las lenguas.

Yo ya no sé hablar;
las palabras no salen ya de mí:
soy en las palabras.

III

Sábana Santa

Escribo desde la Sábana Santa,
-fuera, Turín y los cercanos Alpes-
desde el cercado rostro por la muerte,
desde su testimonio,
desde la herida sepia de la historia,
desde el dolor profundo de lo anegado,
lo irresuelto, lo ávido, lo secreto.

Y oigo gemir óseos cimientos de piedra
entre la hebras del ajado lino
mas allá de estas tierras y estos ríos,
por otros continentes, quizás,
por océanos de llanto y llanto,
temperado en profundas caracolas.

Escribo desde la figura adivinada
del Ecce homo
que vislumbrara desde esta ciudad
aquel que proclamó
que “Dios ha muerto”,
acaso, sin adivinar
que seguiría perviviendo en las palabras.

Escribo desde la sagrada tela,
capa traslúcida del bulbo dorado
que es la historia,
para no olvidar
los quebrantados cuerpos,
que, inocentes e ignorados,
yacieran, siglo tras siglo, y yacen,
aún hoy en la presente hora,
por este cruel planeta
sin sudario envolvente que les cubra.

Escribo desde la emoción de ver
que todo se repite interminablemente
per secula seculorum.

El testigo

El testigo miró
pasar el agua del extenso Po,
como pasan los signos oscurísimos,
los rostros sempiternos,
los cielos de otro país que fuera el suyo.

Por las orillas se marcharon los ojos
a los pardos verdeantes de los montes.
Oyó el rumor del río
lejos, en su perdida juventud,
ahora tormentoso.
Destruyose aquel sur,
la Vega, aquel solitario álamo,
el tiempo, el olvido, la lejanía.

Brumoso aire se extiende
sobre esta ciudad ajena.

Y con amplio estremecimiento
congregó todo lo disperso,
unió las tardes del otoño,
los numerosos rostros de los amigos,
los amores siempre presentes,

en un único gesto,
sublime, poderoso,
como el constante desvivir del ser.

Volvió el rumor del Po.
Poblose la mirada de recuerdos.

Quizás el llanto
pueda dar fe de lo sentido.
Mas existe una regla de oro
irrenunciable:
siempre hay que venir llorado
cuando se viene al río.

Quién sabe

Quién podría saber de mí,
y qué,
que yo ya no conozca.

Separa
lo que no he vivido de las vidas posibles,
traza una línea
por entre la verdad tangible
y las mentiras impalpables...

... Y descubrirás que aún vivo
en la espera -inocente
potestad de lo efímero-
al borde del golpe sangriento.

Pasado hoy

Oigo las aguas de otro tiempo; humedecen
quietas vislumbres.

A la orilla del río, mudo
en el pasado, ciega
el corcho hundido.

Así
sucumbo en la locura.

Oscuridad

Vi encogerse a la rana en la charca hosca,
perdieron su tersura de terciopelo los juncos,
los árboles enmudecieron,

yacen muertos los pájaros sobre la hierba negra...

..y alcé los ojos a los cielos: solo oscuridad.
No pude encontrar otro cielo.

Oh, desamparo

¡Oh, desamparo,
eres viento en el rostro;
te llevas
cualquier atisbo de esperanza;
nos afliges y dejas lacerados,
encogidos en nuestra pura nimiedad!

¿Por qué no acuden ya
las palomas del día,
por qué las hierbas perfumadas
no enervan nuestros nervios,
por qué las prontas y dulces respuestas
no son amables y consuelan,
se aprestan y edulcoran los pesares?
¿Tendremos que seguir errantes
-sangre sobre la tierra-
en este solo y sordo entristecer?

Que el hombre que te sufre,
te venza y te postergue,
puesto que el cielo,
desprovisto de fe y caridad,
ya no le ampara.

Que sólo el hombre,
que sólo él,
encuentre la mortal certeza
de su más plena
desposesión y soledad.

Pues ya fue dicho,
-“polvo eres y en polvo te convertirás”-
y no será sobre la tierra ni habrá más ser
que el propio y mismo hombre
para hacerse a sí mismo acompañar,
mientras, herido, bebe su tiniebla.

El sueño y la luz

La corola del día
comienza a abrirse,
a desplegar el haz de rayos,
tal las líneas delgadas
que torna la mirada, centro
del estallido de la luz.

Se hunden los dedos
entre las órbitas carnales,
y el silencio despliega un cuerpo mudo
de indoblegables laberintos.

Ciencia cierta de ser,
de ser rodeado por la luz,
de ser, incomprensible en la existencia,
absurdo interminable de la razón dada.

Soy un capricho -¿mas de quién?- ,
una entidad inexplicable, una singularidad
que habita, en medio de destellos,
rodeado de sombras inciertas,
ungido en flechas de doradas dimensiones,
empapadas en cimas de lo vivo,

en los sueños -lo más cercano-,
en lo ensangrentado,
en el cristal impuro del paisaje:
casi infinitud y amapolas de opio.

Dolores

Las estrelladas selvas de lo vivo
son las ametralladoras
en fuga de tus ojos.

Las palabras fatales erigen murallas
y gritan como las piquetas
que entran al corazón.

Hay ojos y silencio, vida
silbando nunca en los arcones,
obuses que al morir se alejan.

Llueve sangre y se queja
felina púrpura mojada sobre la paja
de la inmortalidad apetecida
con un afrodisíaco licor de dolor
por toda comisura.

Árboles invernales

Pagan los árboles con pobres limosnas,
las hojas que donoles el limo y el agua.
Hojas arrojan con descuido,
con abandono, con penuria,
ya verdes o ya amarillas,
una tras una,
sobre el lóbrego légamo
al que pertenecemos.

Y cuando quedan semiescuálidos,
se ofrecen desolados, melancólicos,
a la brumosa soledad de las nubes y los vientos.

¡Árboles pobres; más, agradecidos!

Brazos tan poderosos,
tan generosamente desnudados,
tan alzados al cielo,
más, tan ávidamente
hacia la soledad.

Inviernos de los días,
desnudez, frío
en los huesos que se desnudan
para, solos, acompañaros
en este tránsito lúcido
parecido a la muerte.

Invierno, árboles:
indigencia del corazón
abandonado al frío gélido del cielo.

Bajo las luces de una lámpara

A Cesare Pavese, Primo Levi y Emilio Salgari

Que me perdone lo casual por llamarle hallazgo,
que perdone el hallazgo por llamarle coincidencia,
que me disculpe la tristeza si le pinto una sonrisa,
que el tiempo no se enfade si lo suplanto por el aquí y ahora,
que el amor me perdone por ser a veces olvidadizo.
Perdóname tormento si, como Pedro, te niego tres veces.
Madrugador, perdóname por mi vigilia insomne.
Que me perdone el sol si me envuelvo con las tintas
de la noche,
que me sufra el misterio si me oculto en sus costillas,
que me disculpe todo si hago densas las estrellas
bajo las luces de una lámpara.

Porque todas las cosas deberían ser ágiles, ligeras,
y, sin embargo,
me pesan los gigantes que se sientan sobre mí.

Inexistencia de luz

La noche me hiere,
me lacera en cada luz,
sea térrea o del cielo.
No importa que sea
la luz eléctrica
de una humilde heredad,
o la adivinada y rutilante
luz de la estrella lejanísima.

Mas vengo en carne viva del día,
como el licántropo que se transforma
antes de que ascienda la luna.

Por ello,
¿cómo no sentir que el espíritu,
siendo diverso, es uno en la vida,
como día y noche lo son?

La noche es larga.
Como un túnel sin fondo.
La plateada nocturnidad
es toda blancura serena,
pero la injusta existencia
es más humana si antes te ha afectado a ti,

y fue el primer impulso de dolor
quien me hirió e hizo de la noche
lastimoso centelleo.
Y sin embargo, nada ha cambiado en la noche,
nada bajo el cielo.
Es más, el lento manto de la oscuridad
parece eternizar en derredor cada cosa.

Querría huir a través del aire,
el aire en el cual -ignorados y desamados-
vivimos cada hora devorando cada instante de vida,
ya sea hermosa o lacerante.

¡Pero qué lejos los años felices
para quien transita una playa solitaria!
Sola huye la sangre del herido
por un animal acorralado y ancestral.

He aquí mi habitación de un hotel de Turín,
envuelta en el ónice más oscuro,
mi cubil de animal indefenso,
de ciego en la luz de la esperanza
por hacer arder la última rémora que me ata.
Me encierro, callado y triste,
como ajusticiado, solo cuerpo o nombre.
¡Y con cuán mansedumbre,
la ausencia de toda luz
cae como aceite sanador!

Yo sé que estas heridas,
con sus pálpitos, me traen al Dios olvidado.
Me sé, como hoy soy
y como fui bajo Su Mirada.
Pero también en la herida del hombre inocente
hay luz escondida
que ha de repeler
el hielo conocido, las indiferencias,
el impulso del que rechaza vivir sin verdaderos afectos.

Y arreciando en sus convicciones
da rechazo al duro desprecio
de no haber sido elegido
por aquellos a quienes más se quiso.
Si ello es orgullo, pague por toda la eternidad.
Con dolorosas experiencias abona
el estipendio no debido.

¡Oh, noche
que inundas con clara oscuridad
mi pobre casa, y sanas mi corazón
con esa completa inexistencia de luz
en la conciencia!

Ya no está vivo el hombre
que durante cincuenta años
ha vivido en pasiones sofocadas
porque estas eran extrañas

al mundo standard, corrosivas
a la norma estatuida
por su triste y jovial acto de ser.

Por qué hacerme odiar,
yo que amo hasta el mal que hay en mí,
la irrefrenable pasión de vivir
frente al espacio prohibido.

Sombras

Dentro del agua
los peces rojos lloran
gotas de sombra

IV

Nunca he sido posible

Nace bajo tu piel una luz blanca
que cubres con un pájaro de fuego
para que no me asombre la belleza.

Te retuerces en mí, no obstante, suave;
te retuerces, culebra de agonía,
en un sueño con alas que trasmigran
por un trasluz de nieves atrapadas.

Los vidrios son pintados sobre pámpanos,
sobre hojas mas traslúcidas, sutiles,
que en ti espiritualizan, mano inerte,
sobre las transparencias de la aurora.

Ya no vienen los pétalos del cielo,
la levedad del aire en los centenos,
que hacían mi existencia
más habitable.

Hoy vuelven a rodar tus templos,
tus ilusorias fantasías
en donde nunca yo he sido posible.

De aquel tiempo

Volví a verte
tras los instantes consumidos,
entre alondras que, al vuelo,
fueron lluviosas tempestades,
a las miradas fieles de quienes te vivimos.

Volví a verte,
cuando yacía aún en silencio
y las estrellas perduraban
húmedas en mis manos.

Te vi en los misterios circulares
de la noche imantada;
llegabas llena de remiendos invernales
y tu rostro lucía el dorado oro
del plenilunio.

Me increpaste;
imposible no oír: tus palabras
planeaban sobre mí, sobre mi aliento
que te buscaba desde la pérdida
de aquellos días
en que tu vida se clavaba a mi vida.

Quién no te acariciaría,
quién podría ausentarse del futuro,
quién dejaría de malherirse
con pensamientos halagüeños,
si, en retornando a contemplarte
en todo,
lo efímero
y lo indeleble,
no hallo sino sustancia de nosotros.

Olvido

Plácidas suenan las campanas de la ermita
y encuentran eco dentro.

También hay una caja de resonancias vibrantes
en interiores que vendrán de lejos,
pues son las lejanías las que se imponen
a esta mañana de otoñal melancolía.

Es el sonido de cristal el que da ritmo
a un fondo puro de paisaje, oro y fuego,
del vegetal contorno que diluye
el cendal tenue de la niebla matinal
del Po.

Es la ermita, con su campana humilde,
un cálido rescoldo en el espíritu
por esta tierra que hoy siente mis pasos
cual sucesos resueltos hacia el olvido.

V

Encontradas impresiones

*“Contemplé tanto la belleza,
que mi visión le pertenece.”*

Kostantino Kavafis

Derrámase la luz en la serenidad blanca,
en donde, no teniendo ningún sentido, ruge
el silencio que lanza nieve de la verdad
sobre el intocado penacho solitario
de la propia presencia invocada en la aurora
por un ángel que trae las llagas de la noche
sangrando como vivas rosas de exterminio.

Pensé que amanecer, para qué, y qué sentido
puede tener el despertar a la herida viva,
con un sinfín nuboso de incandescencias lúgubres
y el átono sonido de las alas de un pájaro
invisible, por sí, y guardado en las tinieblas
que todo lo circunda y, oscuro, lo disipa.

Serenidad, presencia, realidades ciertas
de un cuerpo quieto que se sabe pero no se halla,
de una mano solemne fraguada en el desvelo,
en que la noche, superior al propio límite,
sembró de culebrinas la insondable vigilia.

Clamo a algún perfil, a alguna apariencia
que pudiese dar nombre a esta lucha porfiada.
Nada ni nadie acude en mi ayuda. Mirad,
mirad que todo es apariencia y yo soy sueño,
solo en mi sola imagen, una entidad efímera
e irreal que solo tiene conciencia de sí misma.

Prosigue – yo (eso ya sí) sereno en la luz -
la mañana. Se alejan, extensas, blancas aves
hacia la ennoblecida Superga de los Duques.
No, no me preguntéis de dónde vengo triste,
ni a dónde voy. Quizás hacia donde no circule
la sombra dilatada de la muerte que acumula
de ausencias la serena belleza ciudadana.
Hoy tomaré café con Primo Levi, Salgari,
Pavese, hablaré de política con Gramsci,
festejaré el aniversario - ya siglo y medio-
de la unificación italiana, y viviré
la solemne belleza de tan áurea ciudad
que mañana me llevo por siempre en la mirada.



Geografía

Francisco Ortiz

Francisco Ortiz

Francisco Ortiz nació hace cuarenta y cuatro años en la ciudad de Almería. Ha pasado toda su vida a caballo entre la ciudad y el pueblo de Aguamarga, donde ahora reside y trabaja. Un eterno convencido de las infinitas posibilidades del paisaje, manifiesta que desde la infancia y la adolescencia no le ha pasado nada trascendental. Insiste en que no encuentra diferencia entre el pensamiento y la filosofía, entre la poesía y la acción. Está empeñado en que escalando montañas es de la única forma que quiere que se le recuerde cuando no esté. La sensibilidad es su principal virtud o, tal vez, su principal defecto.

Mi especial agradecimiento a Maruja, mi prima: con el deseo de verla pronto pasear entre pitacas al atardecer. Sin su existencia este libro no habría existido jamás.

Porque dónde tu estés, estará el cabo de gata.

Solitarias calas
de palmeras erguidas,
y formas impalpables
que la verdad devora
dando lugar a finas telas,
a paisajes suicidas:
soy el cadáver
de una palmera solitaria.

Si supieras lo sola que está la palmera al sol...

Allí donde las fuerzas convergen vírgenes, sinceras, equipotenciales,
donde, con firmeza perenne, quiere y actúa la primavera,
donde, con forma de orilla, acaban todos los mapas,
donde se pierde la vergüenza , de un ser eterno,
donde el sí, donde el no , donde las bestias,
donde el viento y donde el cielo,
donde el lugar y
donde el sitio.

(Con el humo de las palabras, indefinibles,
buscan siempre algún pretexto geográfico
entre calas llenas de aguas y turistas
para quedar a merced del aire
embarazadas).

Los zarpazos de lluvia
abarrancan el mundo.
Las olas retroceden y su abismo
me traspasa la piel.
En la hojarasca, la semilla de un dátil
nos habla del mundo,
del primer día del mundo.

Dátil criado con agua marina.
Severo faro es la intermitencia
y también el oleaje que se arrastra,
el que deforma las rocas en los silencios.
Con la forma de pechos de hembra,
y con el dulzor del agua del cielo,
las palabras que se pronuncian solo una vez:
sol, luna, universo...

Un campo de meteoritos y la luz es lo mismo.

La oscuridad y un corazón es lo mismo.

Un hombre y un planeta es lo mismo.

Un girar de espuma y un bancal, de cebada recién plantada, es lo mismo.

Ahora que lo he comprendido, me siento calmo aquí.

En mi casa los libros no tenían versos, solo sintaxis:
“En lo alto de las montañas nos toman las palabras”.

Yo era pequeño y risueño en aquella época,
pero puedo recordar una mañana fría de invierno
y a mi propio padre, comprimido como una cala,
construyendo la casa encaramado a un cerrillo
volcánico y puntiagudo como un cabo.

Las palmeras colorean de naranja nuestras estaciones.
En lo alto de las montañas nos toman las palabras.
Ahora sé lo que significan las palabras y las geografías.

Las cabras tarareaban balidos en las bocas de las minas
mientras, sin parar, silbaba el viento entre el esparto.
De la ensenada de un cerro del cuartel, salían barcos sin destino:
habían pasado un atraque vacío entre acantilados de líneas rectas.
De tantas cacerías de agujas y dedales, de los rosales de las rotondas,
se engarzaban telas de arañas muertas, en forma de collares perennes.
Todo, como al principio, estaba escribiéndose, y recordándose,
intentando existir encajando grietas con raíces.

Al anochecer, la Luna sembró en mí tiernos rinocerontes,
animales que aman dentro de una cascara de huevo.
Nos acostamos en una cala sin rambla,
buscaba desesperada un refugio sin fin,
al que practica el yoga sin fin.
Buscaba nombrarse
toda virgen,
toda pura.

En esta árida tierra
ayer, escuche la risa de un niño que venía de entre dos calas:
¡Sentí mío el frío de las cogujadas en el crepúsculo!

En septiembre pronuncio la palabra amor.
En lo profundo la raíz es lección de materia en la intimidad.
El suelo se cubre de matas y desechos.

Entre dos puntos que se alejan del espacio
aprendes que la línea recta no es el camino más corto,
al perderte y encontrarte en una cala al atardecer,
porque la ceniza y el amor doblegan tu causa.
Siempre se ha dicho de esta forma
entre los cuerpos que se enlazan
y se reproducen voluptuosamente.

No ves que te quiero...

Mírame a los ojos que me dejó el viento, me dijo ella.

Sus ojos brillaban como los de una tortuga joven y enferma
que desova escondida entre las palmeras de una cala al atardecer,
siguiendo la única línea que dibuja la brisa y la noche entre las penumbras.

Como una mentira, temblaban.

Yo los vi.

El tesoro comprimido por la ciencia del espacio
me trae la imagen de una estrella escindiéndose del cielo,
construyendo con la palma de su mano, aquella de estrías estrelladas
que manifiestan la unicidad de cada ser y el gen del trigo que les da de comer,
la gran muralla del pensamiento, y el discernimiento, contra una vida de trabajos.
A veces el cuchillo puede entrar en la carne y no remontar jamás el vuelo.
A veces sus conspicuas llamas, nada más, pueden apagarse en una cala,
saliendo sus mismos cuerpos vibrantes a respirar, una sola vez,
emparejados , como tortugas marinas a final de apareamiento,
limpios de elucubraciones y de desechos marinos.
Eso es lo que me dijo esta cala de hermosa noche,
el imposible silencio de la niebla con el frío
y tus ojos la primera vez que te vi amar
escribiéndome un poema...

A veces los aturquesados empiezan a acercarse al azul, sin saber por qué.
Con alguna excusa geográfica, seguro,
perfilando una costa.

Donde nace una rambla, podría nacer el cariño.

Allí, perdido en el cerro, podría terminarse el fuego,
la disputa entre sí, del mar y el cielo, por un verso quieto.

(Siempre he querido saber qué se enrosca en mis manos cuando acaricio tu esparto).

Donde habita el verso del silencio, estoy ahora, con un disfraz de hierba carnosa y espinosa,
conteniendo las espadas y los fusiles de mi vida con el solo pensamiento de tu boca.

Me he preguntado si el fantasma de la lluvia y el de la elucubración es el mismo:
un poema siempre debe referirse a un cauce y elucubrar sobre los días y las noches,
porque..., donde nace una rambla, podría, esperándolo y manifestándolo, nacer el cariño.

Como una escolopendra que recoge los pies encima de su presa muerta,
casi pétrea la presa, casi pétreo el eje de la espalda de la escolopendra,
yo te amaba en una habitación con la forma de piedra pequeña
sin permitir que el tiempo o el deseo arañara sus paredes.
Intentando reflejar su cuerpo atigrado en agua de mar,
veo las escolopendras recorrer en las orillas de las calas
las piedras que están entre la tierra y el mar, despechadas.

Ahora no puedo sonreír
porque ya no sé dónde escribir
que me muero si recoges,
mancillados por mí,
con tinta y papel,
tus pies al lado de mis pies,
acostándote, fina y delgada,
con la noche.

Los peces saltaban a nuestra barca
y jugábamos a romper en el cielo nocturno
los mapas de estrellas.
No aquí, solo en el pasado, ese en que tú estabas.

Ni siquiera ella
quiso tocar mi corazón de arena, allí en la playa;
ni decirme el sabor de la herida que tenía mi rostro.
Jamás hallé canto alguno suyo, sobre un barco que se incendia en alta mar;
y menos aún, al mirar una flor seca del verano, una sonrisa perdida,
sin sentirse perdida.

Las hojas de los árboles de Marte,
marchitas por amor,
semejan el canto de los pájaros.

Despertar a tu lado cada mañana
era nacer de nuevo y, sin embargo,
nuestra historia de amor fue
un desgarró de separaciones,
de besos subrepticios en las esquinas.
Fuimos como esas semillas
que el viento empuja y al germinar
destrozaron mis sillones de fieltro.
La historia de nuestro amor
en esta ciudad sin sitio fue
la historia de un asesinato.

El honor ha sido descrito en las calas,
esas que están al borde de los grandes cabos.
No se sabe muy bien de su procedencia cercana
aunque algunos lo achacan a las sonrisas del viento.
Grandes proas guiadas por el olor a sal y, tal vez, grandes sueños.
Todo ya,
fuera de los mapas del amor.

En las hermosas calas con palmera,
¿qué es lo que se pertenece entre sí?,
¿la mosca y la araña?
En la transfiguración de la noche
se abren los poros de las hojas del cazador de sueños
y del amor.

Yo empecé a escribir:
con un buen mapa puedes ver que, en el fondo,
desde tu barranco,
se ven otros barrancos.

¿Qué es el miedo?,
¿es un agostarse o es un renacer?
Hay muchos escudos de madera y fibra frente a la orilla:
son escudos irrepitibles frente al mar.
Están limpios y brillan por la sed.

Y las plantas crasuláceas aclimatadas a la sal,
sus círculos, sus cuadrados, sus rectángulos ,
sus geometrías, sus colores, sus fenologías,
me desmienten el final
aletargándome.

Los troncos de las palmeras,
duros y resistentes,
lavan sus ojos con veneno.
Así afilan los perfiles de las montañas
y los perfiles de los volcanes viejos:
marcan los territorios en el aire de las palabras.

El viento de levante refresca el otoño
y salen las ramblas que riegan las tierras bajas de los hombres.
Pero no se ven pisadas bajo la lluvia.
El agua debe regar también las palmeras altas de la vida
y el olvido.
Es la explicación de los más viejos del lugar.

Las montañas volcánicas son bonitas
de lo altas y puntiagudas que son,
y de lo horadadas por las minas que están.
Las aves y los murciélagos las preñan de vida consentida...
¿Podría hacerme usted una foto?
Hay que apretar aquí, ¿no lo ve?,
Parecen decir los grillos
con su canto melodioso y alegre.

Un día encontré escrito bajo una palmera:
“Lo que es y no es y todo el oro del mundo es lo mismo”.
La tarde ya se iba y los pájaros cantaban:
se aflojaba la luz y en esta parte del planeta
era imposible ya escribir...
Todo, era de una noche que llegaba
en concluida forma de texto,
intercalándome;
haciéndome olvidar las formas de una playa larga, única
y sin final.

No quedaba nada de amor, solo unos extraños signos sin relación aparente.

Éramos delfines y piratas navegando en barcos de quillas huecas.

En las calas había columnas de jaspe rojo, derritiéndose;

parecían flirtar con la forma cóncava de la orilla.

El plástico y el cemento se hundían en la tierra,

como si pertenecieran a una civilización perdida,

ocupando todos los errores del mundo.

No, no quedaba nada de amor, solo unos extraños signos sin relación aparente.

Las calas escriben y se apartan.
Son seres elegantes que dejan pasar la luz
aunque los mires directamente a los ojos
y veas en ellos la belleza comprimida de la muerte.

Ahora no solo amo:
ahora soy cangrejo,
ahora soy tortuga marina,
ahora soy toalla con algas,
ahora soy septiembre,
ahora soy cortijo,
ahora soy final
y principio...
Amar y dejar de amar.
Ahora soy dios de la masturbación.

¿Es lo efímero el valor de las cosas?
¿Es la respiración el valor del credo que repite el infiel?
En las calas pedregosas abundan las cuevas que retumban:
¿Es el lenguaje la sangre que corre por las venas de un pastor,
en lo alto de un cerro,
donde las cabras y las ovejas juegan a comerse el esparto?
El sol se refleja en las matas que enfría el viento:
llevo un tatuaje con tu nombre, Destino.

Al principio del mundo las montañas se desgastaban mucho:
las corrientes aprendieron a arrancarles botellas con poemas,
a minar sus entrañas con la noche y el frío, la luz y la estrella.
Yo vi cómo desaparecía una montaña entera,
dejando tras de sí un traje de palabras y una barca sin nombre...
Solo un traje de palabras y una barca sin nombre.

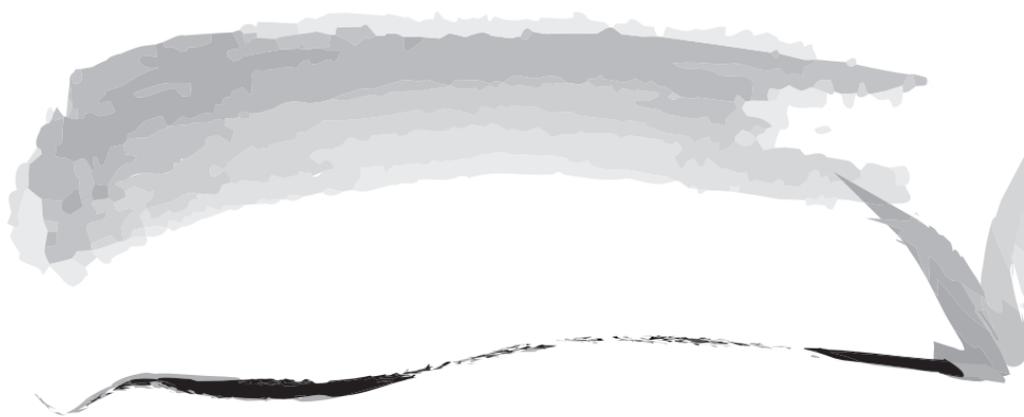
Había historias preciosas de calas,
de palmeras salvajes que llegaban a la misma orilla de la playa,
con jardines tan bellos que te hacían olvidar incluso el mismo nombre de las cosas.
El corazón latía desesperado entre las higueras cuando despuntaba el alba,
seguíamos las fresas iluminadas que nacían en el suelo de las ramblas.
Nuestro propio cuarzo, bienaventurado y reventado, nos servía de mapa de luz.
Las golondrinas burbujearon en un cielo estéril,
como dentro de la cabeza de un autor dormido,
avivadas por el calor y las gaviotas,
enamoras de sí.
En el escenario, recolocadas,
temblaban las rocas hacia fuera
bajo nuestros pies.

Las caracolillas, ciegas, gordas y atigradas, araban el planeta.
Buscaban frutos sinceros. Exprimían y exprimían.
Las ciudades de Europa y la historia del mundo
provocaban el colapso de un cielo ecológico
antes del mediodía y la sonrisa.
Jugar era chupar cáscaras con la lengua,
con su saliva metálica y eléctrica.

Al atardecer,
el aire reflejado en el agua
y nosotros peleándonos por saber muchos nombres de calas.
No podíamos evitarlo:
soñábamos con no dejar nunca de encontrar perros perdidos en la playa.
Un pensamiento que se llevasen las horas
podía ser una tenebrosa lección de separación
como un azul de cielo sin mar,
como un agua sin sal
algunas tardes, dentro del bancal.

Había historias preciosas de calas,
de cerros perdidos que abrigaban caletas y barcas,
de noches sin sentido que nacían como animales extraños,
de escaleras en piedra viva que descendían a volcanes todavía ardiendo,
e incluso de cavernas secretas con palmeras,
por las que te escurrías, de nuevo,
a la misma orilla de la playa.

“Cuando Engels participó en *El Capital*, sólo dedicó un par de hojas a la importancia de la geografía en el acervo cultural de la humanidad. Ya desde entonces, la geografía estaba destinada a dormirse y desaparecer en la memoria de los hombres”.



Por Diciembre en Mayo

José Moreno Fernández

José Moreno Fernández

José Moreno Fernández Guardañó nació en la Ciudad del Paraíso y vivió toda su infancia en un punto de nuestra geografía interior llamado por su excelencia el Lugar, cursando la enseñanza primaria en la escuela “Nuestra Señora de Monsalud” de Alfarnate. Estudió el bachillerato en el instituto “Nuestra Señora de la Victoria” de Málaga, y filología española en su ciudad natal y Almería, pasando algunas temporadas en Zúrich –otro Paraíso no de Vicente Aleixandre, de Elías Canetti–.

Dentro del campo de la creación literaria ha publicado Quaibrücke (1983), plaquette que resume su primera poesía, y Camino de veneros (2007), un paisaje itinerante sobre fuentes y memoria viva. Por diciembre en mayo –entrega que reúne los poemarios Estrellas vagas un finde y parte del que le da título– alumbra la idea de mantener reunida una poesía que sigue disponiendo humildemente de lo que siempre tuvo por delante: media vida más que la escrita.

Índice

POR DICIEMBRE EN MAYO

Heme aquí (Disposición de quien escribe)	127
I MAYO	129
Zapatos de estreno	130
Dorada ... Nueva ...	131
Nieve de aliento	133
4.4	134
Hay días	135
Mirador	136
Ventas perdidas	137
Transfiguración	139
6.7	140
Tierra	141
La venta del puerto	142
Escapada de caza	143
Asientos	145
7.6	147
Nana para mañana	148
El árbol del que hablo	149
Clavado al libro	150
Madre de agua	151
8.8	153
Jar jar	154
Tiempo computado	155
Campanas de Zürich	156
Deshielo contigo	157
9.2	158

Índice

POR DICIEMBRE EN MAYO

Su vida	159
II DICIEMBRE	160
Nieve de habla	161
Salvación del narcisista	163
Vital	165
18 mm	166
Hubo	167
¡Ay, Pad!	168
Garde-Robe	169
Matices de raya (dura)	171
42 mm	173
Mi vida	175
Alcubilla	176
Componente periódico para albaceas	178
De Candelaria a Monsalud	180
57 mm	181
Si nací	182
Un dolor nuestro	184
Hace nada	186
Amor elástico	187
Acércate	189
8.7 cm	191
Futuro cercano	193
Vida pendiente	194
La granza de los días	196
Palabras de partida	197

Bajo un epígrafe que bien las podría aunar de igual forma en tanto ejercicios de estilo con la vida por delante como son, y con la perspectiva que esta nos ofrece en su transcurso –hasta ser traspasada incluso por esas otras que nunca nos puede quitar del todo como hace con la nuestra–, el libro que el lector o lectora tiene en sus manos pretende ser la confluencia de dos corrientes de poesía aparentemente distintas pero profundamente unidas: suficiente razón para entender de sobra lo que puede representar cada ciclo en la vida de un poeta. Entramada por esa especie de hilo artesiano –en tanto horizonte de fondo– del que pendieran inesperados asomos, buena parte de la poesía reunida para la ocasión no hace sino beber de esa agua comunicante, esencial, que, estante y manante, nos constituye y refleja.

*A Victoria Fernández Guardado, a M^a Luisa,
esta forma de dar a luz vida tras vida.*

*Llegó diciembre sobre el cierzo helado
y de flores el campo vio vestido*
PEDRO ESPINOSA

*Tú, pues, ¡oh caminante!, que me escuchas,
si pretendes salir con la victoria
del monstruo con quien luchas,
harás que se adelante tu memoria
a recibir la muerte,
que oscura y muda viene a deshacerte.*
FRANCISCO DE QUEVEDO

Heme aquí (Disposición de quien escribe)

A mi madre, in memoriam

Podía ser yo y vivir,
como hace este palpito,
su existencia indefinida
en la tierra que habitara,
por baldía que fuese
la labor.

Verla siquiera
en la distancia, al calor
de un lugar que recogiese
también –como la falda
que lo alberga en la montaña–
el fruto a punto de boca
que es la vida.

Verla igual
de pendiente que el abrazo
de maleta a carta en que va
lo que pudo ser, consigna
revertida de la bondad
que nos dio a luz.

Verla

en propiedad de un tiempo a otro,
igual que acompaña el campo
al léxico: por encima
del GPS que hace
que tome huelgo o alce el vuelo
todo, salvo sobrevivir.

I MAYO

Zapatos de estreno

Guardo zapatos con vistas
al suelo que no he pisado.
Entre aquellos que me gustan
y aquello que quiero
para ellos, media más
vida que la interpuesta
felizmente en el camino.

¿Qué mejor oficio que el de pararse
frente a las zapaterías, pielado
de escaparates que pillan por salir
solo al paso, por que nos veamos
en cada uno de ellos como niño
con zapatos nuevos o botas de agua?

Ya hace para que no haya
rastros de tinta en el tique,
ni papel vuelto indeleble
a los sueños en los que uso:
que no hay zapato que acabe
estrenado en casa a pares.

Dorada... Nueva...

Los poetas del 27
–y abuelos y padres e hijos–
recontrados los recreos
en la biblioteca ..., un Neruda
juanramoniano por siempre
como regalo ..., los Machado
hasta la guerra ..., la Atenas
de Pericles y la Grecia
de Epicuro –y viceversa– ...,
la modernidad de leer
a Esquilo, Sófocles y Eurípides
y saber que ahí estaba
–tan cierta como nuestra edad
dorada– ...,

lo que no parecían guerras
de César ni conjuraciones
de Salustio, pero sí ellas
–¡oh geórgicas de Virgilio!–:
plumas de escritores íntegros,
hechos a mano entre lecturas
y traducciones, de palabra

con nosotros en medio. ¡Tanto era el mundo que se hacía de nuevo, que sólo a través de ellos podía vislumbrarse futuro!

¿No era su excelencia prodigada lo que iba a guiar nuestras vidas?, ¿o era excedencia seguir echándole una mano al pie de la letra (en una etapa que ya dejó de ser nueva)?

Nieve de aliento

Otros domingos invernales
la hemos visto como en camada,
pero hoy no: hoy hemos visto
nevar donde venera Ferreira.
Cero grados marcaba el coche
cuando ya nos disponíamos
a coger agua de la fuente.

Con la impaciencia que salía
de ambos caños, me he acercado
yo a ella, sediento de tanta
pureza como su lugar
hoy más que nunca derrocha,
dispuesto a ponerme perdido
de su naturaleza extrema:

ora metiendo mano en las hojas
de los castaños atorulladas
por donde boza la corriente,
ora copando hombro a hombro
los primeros puestos de la nieve,
revolviendo ya limpiamente
aliento y frío en el aire.

4.4

estaba a los días
en que será

labios de lo que viene siendo
por nosotros del agua

cora no vista cuando la lengua unida
en chorro es boca

yema de sien
en los ojos que prendió el aire

Hay días

hay días cuyo aire nos delata
en lluvia que no fuimos
por los pasos erigidos del habla

balbuceando en la deriva íntima
de ser nadados
andando lo necesario

con lengua de inhóspito sueño
no aventado
en la era incólume de vuelo

al pliegue del viento que contiene
el agua efémera
en que no me voy

Mirador

El que llama cepo la santa
hermandad como tanto que no
ahorra en infancia. El ensolado
como lengua donde se asombran
suelo y huella. El sol recachado
del mediodía como si fuese
hermano, y ya marido y padre.
Las calles contenidas de frías
como desatada la esquina
de aire limpio. La masa gris
como contraluz encelado
por un mirador de más vida.
Las gotas de lluvia estampada
como el deseo que deletrea.
La pura claridad de afuera
como el alma por aguacero.
Yo como tú y tú como sabes:
al revés, con la felicidad
que sirve de acompañamiento.

Ventas perdidas

Me gustaría trabajar
en alguna de esas ventas
entrecruzadas a pie
de carretera y a regazo
del paisaje, pensadas a medio
camino de las ciudades,
cuando éstas sirven de excusa
como el cansancio del viaje.

Trabajar en lo que fuera
pide tan bien estar dentro,
como alguien que se pone
a la puerta según la estación
y saca al aire lo que tiene y vende:
lo que le falta al recuerdo
de otro que no pone precio
para vivirlo: más aire.

Trabajar en esas ventas
que tienen por escenario
la vista que se pierde,

capaces de alcanzarnos el horizonte
de unas pisadas en la nieve; esas ventas
eternamente acampadas,
que son parada y fonda
de estrellas vagas un finde.

Transfiguración

Una vejiga de cerdo
en lugar de una pelota:
eso es lo que recibimos
los niños de la matanza.

Vacía,
en manos que ya no importan,
era verla tomar cuerpo
entre soplos y soplidos
a través del tallo seco
y seboso de la caña
y era
que tomaba nueva vida
hasta englobarse anudada
por que no saltase de hiel.

Que botaba sin sentido
sólo por hacernos reír
contra los cantos de la calle,
y era
que los besos rechazados
se trasplantaban felices
de acabar en su propia piel.

6.7

el agua funde la ausencia
en el aire de raíz
que mueve tu boca

y te tiene
sin mano
tomada de sal

dulce en cardo
de lluvia
sin lugar

sin ausentarse de la boca
que palpita viento
por tu sangre niña

Tierra

nada
eras
por el día oculto
que no te abraza
en el aire vivido
de verte
cortado tu cabello
por la noche
manada de nardo
sin espuela

nada nada
por el amor abierto
que no se pilla
sin agua
devuelta
donde ardo
ido
si vienes
vuelta muerta
si tardo

La venta del puerto

No están ya sobre la tierra
ni el Nevazo, ni la casilla
de Camineros, ni el cortijo
de las Tellas, ni el de la Manga,
y la Venta fue triturada
para que anduviésemos aún
más huérfanos doblando apenas
Los Alazores.

 Pero está,
a ambos lados de la nava
que atraviesa el puerto, el reguero
de alambradas que nunca vieron
quienes vivieron en ellos.

Escapada de caza

A eso de las siete,
no se les hace tarde
y el perihón pierde el don
botella tras botella
hasta el cierre. La copa
estrella de las copas
apostadas: la chica
de siempre, la que sobresale
del grupo, viene un momento
hacia donde estoy –a no sé qué–
y como si nada se vuelve.

Así es como sé quién es,
desde el día que supe
que no me entiende,
que no la entiendo
por más que cada tarde
se acerque a verme,
cuando lo más que hago
es poner el polvo suficiente
a las copas que ellos se beben
(no más, vaya a que el jefe me llame
la atención por el blanco que quede).

¡Pues que no quede, y venga
otra! Y así a pedir
su boca, por cerrada
que esté la noche y no haya
nadie en la calle; salvo
yo, corriendo para no
perder el tren; salvo éste,
que lo veo en marcha y acaba escapándoseme:
como escapo yo, recluso y sin techo en los bajos
comerciales de la Hauptbahnhof, perdido de manchas
por el “sin querer” de la chica del Schützengasse.

Asientos

Mi vida se asienta
donde da a la calle
la iglesia de Alfarnate:
en las gradas de entrada,
en el escalón de la sacristía
y a costado de sus poyetes.

En sus gradas de piedra
amplia, con las hojas
y el fruto de los árboles
que hay delante, entrevisto
el cielo, si no dibujo el carro
grande es porque juego al carro chico.

Lo mismo que ahueco el ala
para la puerta de la sacristía,
ahueco la mano para jugar
a los santillos en su tranco,
como siempre: una vez tú
otra yo, hasta verlos
de tumbados al aire.

Igual que subido a un poyete
–el que da a la calle del mercado–
el día menos pensado uno
está viendo lo que nunca vio
(de real y mágico)
y luego fue teatro,
literatura, vida.

7.6

el aire
alcora
el hueco de mi mano

por tu lengua en cielo
de son ido
al corazón

en agua
de asomos del aire
onda

Nana para mañana

ahóndame
que estoy vestido

río frío

aóndame la piel
que no tengo

aire nevado

arrullo de agua

ándame la era
ya risa

dame la voz desnuda
que oírte

ame

El árbol del que hablo

Por más que se lo pregunté a mis padres, por más averiguaciones que hago y más que sigo en diccionarios de botánica o flora, no encuentro el nombre del árbol que había en casa, entre el pozo y la tapia que daba al río.

Como árbol sin fruto que era,
hasta las hojas acaban
en ellas por ilustrarlo.

Pero entre andarse por las ramas y dar palos de ciego, está toda una niñez –la mía– bajo su fronda esclarecida; la misma que de “árbol del paraíso” a “árbol del cielo” –mi medialengua de referencia– ocupa lo que es la vida.

Clavado al libro

Si alguna vez hay que poner algo
encima de alguna mesa, que sea
una libreta a rayas para decir
que es mío, una de esas libretas
con animal a plumilla delante
y tablas de multiplicar detrás
que solo un niño es capaz de aunar.

Una libreta a mitad de camino
entre la escuela y la casa, orillada
de dedos entre el lápiz y la goma,
trinchada de risa de Palma a Las Palmas.

Una libreta de color de barro,
como el juego del hierro al lado del río;
de color pajizo, como el alcance
de hacer girar raíces cortado el trigo.

Madre de agua

Es el primer invierno,
primero de mi vida,
y no hay agua en la fuente
que da a la carretera.

Sigue la recta en mitad
del buen tiempo, la sierra
echándose en los árboles
y un campo que invita
a no perdérselo, y veo
que es porque seguimos
como ella, recientes
de tanta felicidad
como nos fue dada
para continuarla.

¿A qué venimos si no?
Ahí resiste el careado
que nos llama, excepto a Obras
Públicas, el asiento
que sitia el alma antes
de quedarnos de piedra,

viva de abandonada;
pero dónde está el agua,
¿y el agua de la fuente
que venía soñando
—¡oh invierno!— con ella?

8.8

al mar bate
en mi ausencia vive
de ala dar

el agua aventada
de la luna en vela
dormida

la niña
que desemboca en
llenarme los ojos

Jarjar

en garzas las nubes
del fondo

en garzas
de claro

la niña
con tus ojos

torna
para ir

en garzas que baten
sin estero

tu vasenbarcas
yo defondo

Tiempo computado

Para este perfil no hay música
que se oiga. Este perfil
depositado en la palabra.
Que no pide rescate
de lo que vivo o muerto se esté.

Tampoco para este perfil
hay constancia de nada.
La base legal llegó tarde.
Y hay palabras super-
para lo que hemos quedado.

No, para este perfil no hay música:
menos late y te ahogas
en lo que pones de tu parte

(aunque en la orden del día
esté que tu operación
haga la billonésima
reserva en un segundo
y estemos así dos, tres mil
años antes con el bla-bla-
bla en ninguna más que aquí).

Campanas de Zürich

Las campanas de la Herz-Jesu-Kirche
despertándonos en la buhardilla
asomada a la Schwamendingenstrasse.

Las campanas de St. Peter Kirche
agolpándonos a la Fraumünster
salidos de la Bahnhofstrasse.

Las campanas de la Grossmünster
alumbrando nuestro regreso
al otro lado del Limmat-Quai.

Campanas
que no son
campanas,

que no lo parecen,
pues llegan más allá
de las conocidas,

quizá más afuera o adentro,
llamándote como te llaman
con el corazón que has puesto.

Deshielo contigo

No es moneda de cambio, como no
lo son las vigas que sostenían
mi techo de niño, paralelas
entroncadas a mis sueños, y que hoy
se despliegan como ramas
hasta llegar a ese lugar
que yo solo hago mío.

No hay moneda que pueda valerlo,
visto que el suelo llegó a su techo
y éste anda más que por los suelos
como veo al final de la calle
donde pone Lavadero,
entre el Se Vende esquinado
y el Se Alquila del testero.

No tiene precio
lo que sueño.
Pero está en Dólar
su deseo:
la propiedad
de un cubil
sobre una calle
de veneros.

9.2

el agua di
o luz de ausencia

volado
por la lengua

albayada
en noche

besado
con la boca

perdida
de alama

o
río alumbrado

Su vida

súbeme
la luna aislada
por tu amor cencido

el alma gritada
por la sedienta subida
de la leche naciente

súbeme el agua
incontenida por la lumbre
del ala que te ama

y ve
asombrada del día
la sombra
caído en la caída

cómo
tu cara ve mi voz
y el haz
las lunas nombra

II
DICIEMBRE

Nieve de habla

La historia dice
que su ausencia
la cubre un campo
de almendros en flor;
pero para mí
que no, para mí
que enmudece
quien no ha visto
por Nacimiento
la nieve de Abla.

Ungida de primeras nevadas,
antes de que sean las últimas,
para qué está la tierra sino
para hacer del exilio obligación.

Y si no ella,
qué de la vida
para seguir
siendo los dos:
tú dejándome

vuelta la nieve
para ser de habla,
yo dejándote
donde se posa,
apalancada,
por tener Lugar.

Salvación del narcisista

Cada vez que me miro a un espejo
y me acerco, veo
que mis ojos no han cambiado apenas
desde que era niño.

Me voy fijando en ellos
con ese cariño que me dan
nada más percibirlos,
y al observar su mirada siento,
como propio y único,
que se resiste al paso del tiempo
y que en ella se salva
lo que llevo conmigo.

Me detengo con fruición
narcisista en lo que me dicen,
y hacen que yo me sienta
identificado con la expresión
de plenitud de vida
que sobrepasa a su sola imagen,
a cualquiera de tantas.

Les miro a la cara
con la mirada de donde vengo
y adonde voy, y
no me evitan. Me veo en la mirada
niña de mis ojos. No me engaño
si digo que soy yo, hijo y padre
feliz de verme en su espejo.

Vital

Llegar como cuando llegué: recién
nacido y en la primera nevada
de la primavera,
bajo esos cielos
que semejan cuna y que al aire limpio
de finales de marzo mece al sol
calar alto.

Llegar
cumpliendo no sé qué lunas cascadas
en línea acorde con el aguacero
que llevo conmigo,
por más que me duela como me duele
el hueso fémuro.

Llegar a la vida
en otro tiempo, en otro lugar, allí
donde Aegle o Aglae: por diciembre en mayo.

18 mm

mira la piel que ha quedado

esta que prende la cavidad
que nos derrama
por la tierra
a través de puentes sin agua
en corrientes desprovistas
de puerto

mira la boca
de agua que entra
por la garganta
del cielo
en el polvo

la honda
embrionada
tras el corte
del sueño

Hubo...

hubo mareas
que no llegaron

tramas hubo
sin cubierta

sólo nadó en nosotros
la voz gritando encaramada
a la mano

el rumbo de la raíz
donde nada
es nuestro

nada
hubo

la pinta
de llegar naciendo

¡Ay, pad!

¡Este campo de pizarrín
en estos pueblos de pizarra!
Campo que florece al medio
ahora que las gentes atizan
con el siglo su caída,
bajo ese arrumbe que se deja
a un aire tan calculado
como el que ya no admite entero,
y al que no se le respeta
dolor hasta que silba uno.

¡Cuántas veces volvería
de nuevo a hacerlo hasta alcanzar
la soltura requerida,
pasando el canto de la mano
por la calentura al trapo
que solo un pizarrín es capaz
de atemperar, bastándole
sacar la lengua labiada entre
dientes que es mi escritura!

Garde-robe

Podría entrar por la puerta
destinada al público, tal
y como pasa el tiempo
cuando ya no son horas;
pero no, como siempre hago
rato antes de que cierren,
prefiero entrar al trabajo
a la vuelta de la calle,
sin salir de la manzana
por donde paren las naves.

Tarjeta en pecho, no hay tarde
que a gusto no me pierda
por pasillos y secciones,
descansillos y entreplantas
del subsuelo dedalado
de la tienda de moda,
hasta encontrar finalmente
la sala que justifica
el deseo laberíntico
que, jornada tras jornada,
este inmenso gineceo
recoge y pone en libertad
conforme el día.

Emperchado

por el revuelo empicado
de la diana, sentado
en el banquillo que da a esa
puerta que apresa mis alas
con ahínco cuando se abre
y libera las suyas sin
más cuando se cierra, una
a una, no hay mujer empleada
en su taquilla que no haya
sido colada en atamor:
como yo en lo que me veo,
como tú en la que te viste.

Matices de raya (dura)

Seguro que el tono verde
del vaso está en el plumier
de Suiza, destapado
el despeje polícromo
que antes de pintar ya
nos llenaba de alegría
(que éste en realidad era
el regalo entonces, visto
que gastados los lápices
su semilla aún dibuja
lo que recogemos después).

Seguro que también está,
para completar la gama
de blancos, el de la leche,
primero en polvo y luego
mezclado con agua (leche
regalada por un país
amigo, instantáneamente
cursada de escuela a escuela
sabiendo gracias a quién).

Seguro que están, seguro
ese verde y ese blanco:
el de vaso irrompible
como el enjuague de dientes,
el de leche pasable a
batido de colacao.

42 mm

oye el agua de tu hermano

hermana como tú es
de la fuente
donde tú y yo bebimos
con sed
de vida

oye manar
las manos
de ese latir
que nos palpa
al instante

óyelo

igual que tú abre
la boca
que nos desvela
a tiempo
el sueño

como nosotros
con los mismos pies
interminables
abre los pasos
por vivir aquí

Mi vida

mi vida
fue tuya

como tuyo fue el rumor
del río deseado
que iba a otra parte

como mío el calor
desierto del aire
que iba y no venía
tuya fue

de la nube
que enebro

con hilo de mi sangre
anegando el seco espino
que no ha quedado

de la fuente
que es mi destierro
mi vida

Alcubilla

La mujer dice que siempre
que se baja en la estación
ya es otro el aire, aun cuando haga
dos o tres años que no hayan
dejado en ella a nadie
y que, en vez de los grandes
maceteros atestados
de flores como había, esté
todo lo que podía estar
abierto cerrado y lo que no
al cuidado al menos de alguien.

Nos miramos en la mujer
mientras cuenta lo que dice,
algo que salta a la vista
aquí donde hemos venido
a confluir muy por encima
de la diferencia de edad
llamada a sala de espera.

Nos mira, y la miramos:
justo cuando un poco de aire

del que habla se levanta,
procedente más o menos
de allí de donde dijo
que alcanzaban las flores.

Componente periódico para albaceas

Lo que no son letras será
de un marrón que ha de volverse
verde en el momento mismo
de ser desplegado, cuento
de lanza a quien no se cure
en humildad desde el lugar
del día; pero, ¿y vivirlo
recibido y no llegado
como venía a suceder?

Dado en entregas, bastará
adentrarse en cualquier signo
que hayamos podido surcar,
conmovidos por el olor
envolvente de esa tinta
que viene y que va, para que,
adelantándose al tiempo,
el papel pase a adoptar
el tacto sepia *déjà vu*:

un amanecer al mundo
que ha de pasar a diario
entre los dedos de un niño
como aquel que lo leía,
tanto más presente y vivo
que el día que venga a ser.

De Candelaria a Monsalud

Aterminarse a
obligaciones
sin más señal
de rueda que la ceniza
escrita de haber
rodado aulagas en cantos
que responden a suelas.

Y antes, salir
a lo que es casa aún
plantada de ancha
del pilar de agua a la ermita,
desahogando
cuerdas vírgenes
por encima de las eras,

acordonado
por la línea
de trascordados
que alienta en meta
su eliminación.

57 mm

granara la lluvia
boca arriba

y fuera

ya
sed

deslumbrada
labio abajo

maravilla

de lámpara
camino

del cielo de la boca

afirmante

Si nací

si nací
es porque tú estás

tú que del todo
no has nacido
tú que a mí solo
no has llegado

si nací
no es porque hubiera
raíces

yo que de ti
he nacido
yo que a parte
he llegado

si nací
no es porque hubiera
tallo

que yo llegué
a nacer
por diciembre
en mayo

Un dolor nuestro

Lejos el dolor
del que tenemos
a nuestro lado.

Sale del polvo
la nube ocular
que el pañuelo
acostumbrado
(lo llaman roce)
vuelve derecho,
y ahí nos vemos.

¿Es que no sale
polvo de aquel
que si no ciega
mancha incluso allí
donde la calle
hace de mantel
a Ulises,

Joyce?

¿Qué ojos ponemos
a lo que no va

en nuestras manos,
amigo?

El dolor
está lejos. Y un
mono más gusta.

Hace nada

Hace nada que estrechaba tu cuerpo jugando al escondite de retirar los platos –ese vaivén que me dejaba sentado–, y abrazarlo contra mi cara sigue siendo el espacio creado donde me muevo contigo, el tacto tejido donde se va desenvolviendo el boca a boca que nos lleva consigo.

Hace nada que lo estrechaba jugando a otro escondite –en el ir y venir que te dejaba sentada–, y en abrazarlo estamos los dos, náufragos de la vida que poco a poco nos va dejando de lado: desde las ondas doradas que enciende el muelle de un mar de levante a las ondas de sal de una bahía oceánica, aquí seguimos sentados a regazo.

Amor elástico

No debería dolernos
el patinazo del tiempo
en el canto de los libros
ni qué se hará (o se hizo)
de la pasta que están hechos.
Sí debería dolernos
su regalo permanente
y no haber nadie que lo abra.

En cajitas de sorpresa
copadas de *women ´secret*,
¿quién no ve rejuvenecer
lo que hibernó en biblioteca,
supliendo así el triangulito
que le aguarda en la madurez?

Pero antes te dan a leer
La hoja roja por ejemplo
o *El río del olvido*
(¡esos, precisamente esos!),
y no es que te supla (que ves
entre líneas sus ojos

de regalo), es que ese alguien
te viene doblando en amor
a hilo de haberte vivido.

Acércate

acércate
a la noche

recién nacida
de mi vientre

acércate
y dame

la piel
del espacio

que sin ti
me falta

acércame
a la órbita

encarnada
de tus sueños

y dame
los pies

que abren
las estrellas

sin ser
de noche

8.7 cm

tócame
arrebato

que siento
y no oigo

tócame
arrebato
con mis manos

toca
niña

que palpo
y no veo

toca
con la campanilla
de tu cielo

a rebato
de mis manos

golpeadas
como hace

la lengüeta
que ya dice
veo-veo

Futuro cercano

Y aparecimos con maletas
por la Allenmoosstrasse cada cual
como podía aunque fuese
cuesta abajo la calle.

¿A qué hora se recibe aquí
a los extranjeros? ¿Qué fuerza
mayor les retiene a esas horas
del día para no encontrarnos
con nadie en puertas o en la calle,
a trabajar como venimos
todos más que identificados
con el paraíso en que nos va
la vida de natural a
construido según se sale?

No hay nada que fuera de ahí
se le parezca y ame; nada
que no sea nuestro: importando
maletas como aparecimos
por la Allenmmoosstrasse, esa calle
que comprende a vecinos
que pasaron de serlo
hasta que fuimos clave.

Vida pendiente

Ser feliz subiendo y bajando
los remotes de las obras
la mañana del domingo
en alrededores de aquí
y de allá del aeropuerto:
el cielo nítido arriba
como mi familia abajo.

Ajenos a todo, quizá
porque nos sentimos dueños
de una vida pendiente, que
vemos toda por delante
a pesar de estar en otro
país, pero que albergamos
con igual desprendimiento
del que llevamos adentro,
sacrificados migrantes
en busca del pan y la sal
como venimos siendo. Helo:

desde la Klotenerstrasse
a esta que pinta el mar

–viniendo de la calle Ancha–
seguimos siendo nosotros,
animosos como siempre,
por aquello que escribimos.

La granza de los días

Granza es lo que el viento deja sin fruto
tras haber aventado.

Si la imagen
de un hombre y una mujer faenando
en la era, bieldo o criba en mano, no ha
de pervivir en nosotros más allá
del recuerdo de su siega, más viva
memoria guardo, en cambio, del tacto
sedoso de las granzas y, no menos,
apenas tocadas, de su sonido
en cascabilla, cristalinamente
manirroto.

La amniótica suavidad
en donde se estrella nuestra conciencia
–resquebrajada por la fragilidad
de la vida– nos remite a un uso
tópico del futuro claramente
soldado de ternura.

Si el grano cae
por su propio peso, aventurado
a voluntad, la granza saca pecho
donde el corazón vuela, como rabo
de lagartija o cola de cometa.

Palabras de partida

Bajo un epígrafe que bien las podría aunar de igual forma en tanto ejercicios de estilo con la vida por delante como son, y con la perspectiva que esta nos ofrece en su transcurso –hasta ser traspasada incluso por esas otras que nunca nos puede quitar del todo como hace con la nuestra–, el libro que el lector o lectora tiene en sus manos pretende ser la confluencia de dos corrientes de poesía aparentemente distintas pero profundamente unidas: suficiente razón para entender de sobra lo que puede representar cada ciclo en la vida de un poeta. Entramada por esa especie de hilo artesiano –en tanto horizonte de fondo– del que pendieran inesperados asomos, buena parte de la poesía reunida para la ocasión no hace sino beber de esa agua comunicante, esencial, que, estante y manante, nos constituye y refleja. Entiéndase lo apuntado: gran parte de lo que suele admitirse en un hecho literario de las dimensiones de la poesía al uso (no digamos del uso que se hace de ella), y alrededor de lo que un poeta se aventura en comprender que esté dentro o más allá de un período concreto (no siempre acorde con el fechado). Mucho más precisos obran en cambio los términos en los que se debate la poesía misma, algo más que literatura; pues quienquiera que se tenga por amante de lo que representa en nuestro desvalimiento sabe, por propia experiencia, que el futuro que le espera es quedarse compuesto y sin ella, huérfano de sí mismo; como diría el poeta algo trasnochado

que discurre por aquí: sin que al amor se acompañe la vida. No obstante, si cabe preguntarse cuándo no ha sido así —un poeta lo es, se hace, en la medida en que mantiene el pulso enfrentándose a esa omisión—, pacientes como somos, ¿qué dificultad añadida podría representar una vuelta de tuerca más para una existencia que, bien mirado, también puede acabar en la nuestra?

Si cuesta entender el acceso a sus libros dentro de la literatura como se hace, dejándola postrada o coleando; haciéndola depender, en el mejor de los casos, de la unidad de observación de una especializada rama del conocimiento (tanto más necesaria así en estado crítico), y en el otro como una materia cultural más sumida exclusivamente a la ley del mercado (si no ha sido apartada, sui generis, de antemano), de cuyos planteamientos ha de pender en departamentos impropios de su origen (en tanto no admita suplantación alguna), basta ver cómo descuella raquíticamente en las secciones al uso de las grandes superficies —residual como las propias librerías— y cómo es ninguneada renovadamente su oferta en manos de la volátil profusión de la propaganda, comercial o no —fruto impagable, en cualquier caso, de las políticas culturales mantenidas—, para vernos, en la perversión a que se ve sometida, con nosotros mismos, agraciados de cara a la esperanza, como plato principal dentro. ¿Qué sentido puede tener, después de todo, una literatura que no ha de tener lector en su día?

Un libro de literatura –un libro de creación poética– ha de ir más allá o más acá de todo, o no lo es; basta ponerse en la piel de quien lo vislumbra, como perspectiva de su calado, a hilo precisamente de no haber perdido nunca de vista la vitalidad que supone su injerto en la tradición donde se inscribe, para verlo hecho, como mínimo, un presente de vida. Cualquier término medio sujeto a supeditación o condescendencia que no venga de sí mismo supone en breve su adulteración y, a la larga, no solo la suya propia, sino también la aniquilación de su razón de ser, la vida del lector; pues ella es en sí misma principio y fin de un anhelo también contradictorio: la palabra y la comunicación, el hombre y el mundo a punto de abrirse a algo que le supera: esa especie de cicatriz en volandas, según nos consta, que da sentido a una herida provocada o no. Haciendo gala de su esencia más inequívoca, desde sus orígenes a su desarrollo, en la entelequia arquetípica que hace que nos desvivamos por su aplicación humana –como ejercicio de piedad entre tanta libertad, frente a ella si es consecuente–, la literatura es *per se* pura contradicción, querida contradicción; de ahí que resulte hiriente frente a cualquier convencionalismo, y de ahí –solo de ahí mana su grandeza– nuestro apego a ella: por la limpieza de alma que enarbola como nadie en lo mejor de nosotros mismos. Es, así, maná y a la vez sustrato. Nos pone en camino y nos saca de él; todo para iniciarlo de nuevo –ya con otro bagaje– con inédita lucidez. Solo en la medida en que

alguien sale dignamente de esa especie de resquebrajamiento que afecta a un viaje que, gracias a la literatura, nunca es el mismo, se puede vislumbrar la talla íntegra, artística y humana, de un escritor y por ende la del lector que lleva consigo. Ojalá algunos de estos versos lo consigan o al menos lo atisben.

La inmensa alegría que anticipa la ilusión de verlos publicados –similar a la felicidad que me reportan sus referentes–, por más que el mundo impreso se muestre siempre tan renuente, ya suple para mí con creces cualquier señal de haber aplicado en el libro correspondiente deberes de vida con estilo propio.

El autor,
José Moreno Fernández Guardefío.

Por venir

La poesía es el hilo de voz de la vida que no ahoga el mundo en su día a día. Por eso Homero personificó a la mañana no en vano, con una lengua que es nuestro respiro.



El Jardín Azul

María Ángeles Lonardi

María Ángeles Lonardi

Nació en Larroque, Provincia de Entre Ríos, Argentina, en 1970. Es Profesora y escritora. Realizó varios Talleres Literarios en Entre Ríos y en Buenos Aires. Participó en varios Encuentros de Escritores Nacionales e Internacionales y obtuvo varios Premios literarios en Argentina y España. Integra varias Antologías con otros autores a ambos lados del océano Atlántico.

Fue socia fundadora de la Sociedad Argentina de Escritores en su ciudad (S.A.D.E Gualeguaychú).

Publicó su primer libro de poemas "Amores" y el Poemario "Entre calamidades y milagros".

En el 2002 se radicó en Almería. Integra el cuaderno N° 5 de Nueva Literatura Almería editado por la Junta de Andalucía y la Antología de dieciséis escritores almerienses publicada también por la Junta. Fue invitada por el Centro Andaluz de las Letras para el ciclo "Tardes con las Letras". Ha participado en Recitales Poéticos, Encuentros de Escritores y en varias Jornadas Literarias organizadas por la Diputación de Almería. Ha colaborado en Presentaciones de otros autores, con el Programa de la UNED, con la Asociación Levantisca de Carboneras y con MECA Mediterráneo Centro Artístico en varias Exposiciones ARS VISIBILIS I y II. Es miembro del Departamento de Arte y Literatura del Instituto de Estudios Almerienses y colabora con la Asociación Cultural Celia Viñas.

Índice

EL JARDÍN AZUL

EN EL JARDIN	211
En el jardín	212
Desvelo	213
Bajo el árbol	215
En la tierra	217
Crisálida	218
Como los pájaros	220
Destino	222
El viejo árbol de mora	223
Como un árbol	225
Ilusiones	227
De la hora azul...	229
Cuando cae el sol	231
La vida en el jardín	232
Ronda de ángeles	233
Exiliados del paraíso	235
Adán	237
Reclamo de Eva	238
Paraíso	239
Cenizas	241
Habitante del jardín	242
A través	243
Esa certeza...	244
Eros está aquí	245
Las Cárites	246
Indicios	248
Dormir en el jardín	249
Lluvia	251

Índice

EL JARDÍN AZUL

Nocturno	253
Anhelo	255
Recuerdos	256
Tómate tu tiempo	258
Como Romeo y Julieta	260
El jardín de los recuerdos	263
En las lindes del jardín	265
MÁS ALLÁ DEL JARDÍN	267
Más allá del jardín	268
Vaivenes	270
Abolir las fronteras	271
Mandato	272
Esperanza	274
Acuarelas	276
Amanece...	278
Hay horas...	280
Desafío	282
Pon alerta tu corazón	284
Acaso sea...	286
Viaje	288
Volver	289
Es necesario	290
Mensaje	292
Presencia	294
Pequeñas verdades	296
Confesión	300
Plegaria	304

Agradecimientos

Al Instituto de Estudios Almerienses
a Pilar Quirosa Cheyouze
a familiares y amigos
y a todos los que hicieron posible que este libro sea una realidad.

Dedicado

a los soñadores
a los que tienen ilusión
a los que luchan
a los que no tienen miedo
a los que no pierden la esperanza
a los que pretenden ver el otro lado de las cosas
y sobre todo, a aquellos que quieren encontrar ese “Jardín azul”, porque
ese jardín, existe.

Resumen del contenido

El jardín azul representa un Jardín imaginario, utópico. Un lugar donde conviven los sentimientos, la virtud y la magia. Bien puede ser la Tierra misma como lugar donde vive el Hombre. Desde las referencias al Edén, Adán, Eva, Los exiliados del paraíso, se intenta dar esa pincelada. Paraíso por ejemplo, nos lleva al pueblo natal como lugar de reencuentro con nuestro pasado y con nosotros mismos.

También El Jardín hace referencia a lugares simbólicos y refugios a los que es necesario asirse en tiempos convulsos y tan revueltos como los que nos tocan vivir. Ante esta realidad tan amarga y dolorosa de la que hoy somos artífices, yo propongo hacer un ejercicio de introspección y buscar en lo más profundo de nosotros mismos ese lugar mágico donde los sueños son posibles, donde el miedo, el temor y la incertidumbre no tienen cabida, donde la vida le gane la batalla a la muerte, donde podemos cargarnos de energía positiva y así, salir a enfrentar los problemas cotidianos seguros de tener un refugio que se mantiene indemne a los embates de la vida y del tiempo.

Para que ser felices no sea sólo una utopía.

Estoy segura que el lector sabrá encontrar su jardín azul y habitarlo definitivamente.

La autora

EN EL JARDIN

*“La cuestión se reduce a estar vivo un instante
aunque sea un instante no más,
a estar vivo
justo en ese minuto
cuando escapamos
al mejor de los mundos imposibles.”
Jaime Gil de Biedma*

En el jardín

Mientras impera en el jardín
la zozobra
yo, huérfana de temores
me declaro viva.

Me descalzo...

Me desvisto...

Te espero...

con sólo esta piel que llevo
desde que me viste nacer.

Yo hice lo que debía. Florecí.

Siempre queda algo de perfume
entre las rosas marchitas...

Tal vez,

la espera sea interminable
y marchitarse sea apenas

el comienzo.

Desvelo

Esta realidad que me habita,
exhaustiva forma
 de encontrarme en la tierra,
 de revelarme árbol
 corrompe las horas,
 licúa el tiempo
 y deviene en desvelo mítico.

A cada paso invoco tu olvido
y justifico los vacíos de mi tedio
 y de mi primitivo heroísmo.
Una hoguera crece en mi boca,
debilita mis márgenes,
 anula los extremos,
 me funde con su estigma
 y me hace impredecible
cuando el viento dibuja en la memoria
 la franja irrefrenable de los intentos.
Esta bofetada de la vida
 incendia mi rostro
 y se erige secuela - dolor
 en rojo vivo.

Dentro, sólo mustios latidos
mordidos por el filo de la muerte
vestidos de cansancio y quejido...

Pero me pongo de pie
aunque me falle el instinto.

*“Para esperar la noche me he tendido
a la sombra de un árbol de latidos.”*

Octavio Paz

Bajo el árbol

Es la mañana del sábado.

Le resbala un brillo de otoño a la corteza de mi árbol.

Y lo observo.

Lo invento, con rostro, con brazos...

Despereza su mansedumbre

y se revuelca en el agreste infinito.

Pero más acá, brota un resquicio de nostalgia

y llora,

de vez en cuando mi árbol,

sobre todo, cuando llega la mañana.

Bajo su sombra levanté mi casa,

con paredes de sosiego y baldosas de savia.

Sus brazos extendidos piden clemencia

y resalta mi pobreza su plegaria.

Quisiera ser parte de su copa,

y dejar

que el viento me sacuda,

que me aniden sus pájaros

que la brisa me sostenga.

Quisiera hacerme verde, toda verde
en la tierra mutilada.

Mientras sus grietas tejen desafío
en cada respiro,
con un ardor de espera en verde,
solo,
se desangra.

En la tierra

Vuelo sobre la bruma
y miro aquel tiempo que fue.
Ataviada de mar y de luz
dibujo la playa del olvido.

Me arrastra un recuerdo fugaz.
Una silueta deambula,
vacía de mí
y traslada mi carne por pasadizos grises.

En la tierra
las huellas duermen desnudas
y mis huesos,
se regodean en el polvo,
liberados.

El sol hiere mi indecencia
y me calcina
sin máscaras,
sin pasado,
a tientas...

Porque en la tierra duele la intemperie.

Crisálida

Con las pupilas llenas de amaneceres esperaste
silenciosamente,

como rosa purpúrea

desvaneciéndote ante el alba.

Cada pétalo se abría

y serena aceptabas,

el milagro de la vida.

Oías del fuego,

del color de la primavera...

pero no los conocías.

Sin ánimo para detenerse

tu voz, tu sol, tu andar

a pesar de todo,

seguían.

Crisálida prisionera

de muros antiguos...

Túneles en verde musgo

dibujaban tus días.

Con los ojos rebosantes de humedad

aguardaste el momento preciso

presentido en azul en tus sueños...

el instante que tiene deparado el reloj
para cada anhelo.

Y antes de que llegara el crepúsculo
te convertiste
en ágil mariposa
que sobrevuela las mañanas
de la vieja casona
para elevarte
para llevarte en tus alas
la alegría y la vida
dejando el resto,
sin fulgores,
entre las paredes frías
y dormidas del ayer.

“Si yo pudiera hablar con pájaros”

Bestiario, Pablo Neruda

Como los pájaros

En una rama
 unos pájaros duermen su desventura.
Súbitamente se esconden en sí mismos,
 con vergüenza...
Escapan a los ojos inquisidores
 porque no tienen respuestas.

El amor aglutina.
La pasión evidencia la naturaleza irreverente.
Todo lo demás acontece
 y nos hace protagonistas ineludibles.

Sublima mi parálisis
 la mansedumbre de las cosas,
 pero no se deshacen los temores,
 no se marchan las preguntas obvias
y sigo caminando
 con las maletas repletas de interrogantes
 hasta que llegue mi hora...

Sigo como los pájaros que no vuelan
 quizás, porque perdieron la memoria.

La mañana de la vida les pone las alas
y la mano invisible, de la noche,
se las corta.

Destino

Larga la mirada
se queda en tu simpleza.
Reconoce irrefrenable la fuerza
en tus ganas de gaviota nueva.
Yo también tiemblo al batir las alas
pero, a pesar de todo,
aleteo.

No.
Yo quería otro destino para vos.
Te di el sol.
Te enseñé a volar libre...
sin saber,
sin darme cuenta, hijo,
de la heredad de pájaro que nos habita
y nos hace tan vulnerables.

Y cuando las tormentas impías
rompen con todas las seguridades
me aferro a esta tabla balsa
y repito casi como un estribillo:
sólo es posible el vuelo
si a pesar del desamparo
no muere el amor.

El viejo árbol de mora

Bajo tus ramas voluptuosas
ignoro la desnudez de las horas,
siento tu protección, tu calma...

Cierro los ojos
y tu mudez trasluce
paz de río, de luna,
de paloma, de mañana.

Bajo tus ramas
se cristalizan los miedos
y vuela mi alma...
traspasa los límites y dibuja
burbujas en la nada.

Bajo tu sombra
sonrío libre, miro hacia adentro
como por una ventana.
Y me veo en tu sereno reflejo...

Alimenta tu resplandor
una tierna mirada
húmeda de poesía y de nostalgia.

Mientras, más acá de los tapiales
luchan los geranios y las glicinas
por perfumar

y tú, que sabes de la espera,
no dices nada.

Como un árbol

No. Yo no quería.

No quería sólo ramos de hostilidades,
ni grietas tristes en los ojos,
ni el árbol quebrado...

No quería contar
los anillos resquebrajados
ni asumir la soledad de los jardines
hostigados por el dolor.

Confieso que no supe ver más allá
de los álamos...

Era el tiempo de luces resplandecientes
y enigmáticos relámpagos.

El abanico de los días se abría
sin prisa, sin pausa
y yo me contentaba
con el aroma de flor recién nacida.

Pero todo fue como debía.

Te enseñé a esconder bajo tu piel
lo que te hace humano y vulnerable

pero hoy,
gime tu corteza...como tu corazón.

Un árbol espera de pie
la hora señalada y ofrenda
incansable, hasta el último minuto,
su savia.

Yo también recojo mis cenizas del suelo.
Pero a pesar de todo,
crece en cada paisaje
un salvaje retoño de esperanza.

Una plegaria se expande desde la raíz
hasta la boca como un grito
entre la sombra.

Hoy te nombra la lucha denodada
en la metamorfosis de la existencia
mientras alguien, sin escrúpulos,
continúa talando.

*“esta lúgubre manía de vivir!
esta recóndita humorada de vivir”
Alejandra Pizarnik*

Ilusiones

Escondo antinomias recurrentes
bajo una corteza vulnerable.
No me arrepiento...
pero me siento mísera.

Yo, huérfana de virtudes,
anhelo la paz de aquellos días
en que era cotidiano
mecer la vida delineando
ilusiones amarillas.

Tú, como yo,
no sabes mejorar los cristales
de las auroras perdidas,
pero quieres recuperarlas.
Quieres la luna
del mismo color que yo.
Mientras deambulan por la piel
células vacías
emerge sobre las ruinas
la poesía de la vida.

Yo, criatura caminante
hecha de plegarias
y luces adormecidas
te escribo a solas
en el jardín de la osadía.

Juguemos este juego:
el de soñar y andar viviendo
y pulsemos, como los ángeles,
la lira de los días
sin hacernos cenizas.

De la hora azul...

Ya es la hora.

Si la simetría de las palabras
deja ver el laberinto
del mensaje de nuestros días.

Si zozobran las promesas engañosas
ante tu ansiedad
y la mía,

tan parecidas,
tan repetidas...

Si lloran los álamos
y todos los árboles del bosque
porque los frutos,
ya en el suelo,
no necesitan de la luz, ni de la savia
para ser delicia.

Ya es la hora.

Si dormimos bajo el árbol
de la fruta prohibida
y soñamos despiertos.

Ya es la hora...
si se habla en azul
si se piensa en poesía.

*“Pido: / no la iluminación / abrir los ojos/
mirar, tocar el mundo / con mirada de sol que se retira”*

Octavio Paz

Cuando cae el sol

Cuando la tarde se erige
crispación y melancolía
desdibuja la vacuidad de las horas.

Mece irrespetuosa su trama,
su abanico de colores...

Seduca y desnuda
los abismos interiores.
Se deja poseer por el delirio de los dioses
materializa los ritos
y prepara la agonía del día
para servirla al lúgubre antojo
de la noche...

Y sin embargo,
sólo es capaz de crear
para tus ojos y los míos
el furioso ardor,
donde resplandece
el otro lado de la aurora.

“Alguien demora en el jardín el paso del tiempo”

Alejandra Pizarnik

La vida en el jardín

En las lindes del jardín
duermen cortezas desnudas
lloran plegarias
y se acumulan acentos
como ramos de palabras
dichas a porfía.

Con una hora me alcanza
para celebrar su presencia
y fundar ciudades de recuerdos...
para quebrantar los tapiales
y tirar abajo los miedos
para sentirme ave en pleno vuelo
sin tregua...

Si tuviera más horas
saldría a pasear soledades
por las calles
para enmendar las culpas.

Quiero que sientas conmigo cada instante
como una ofrenda que propone vida,
una luz que socava la muerte
frente a las murallas y los escollos
de esta pérfida travesía.

Sólo así el jardín será nuestro.

extraño la claridad de tus horas,
volver a aquella ronda
antes de que oscurezca
y se nos haga tarde.

El sol es testigo y lo sabe.
Pero guardará nuestro secreto...
él también viene a las rondas
cuando la noche cae.

Exiliados del paraíso

Impávido
el hueco espera la caída.
El temor entumece los sentidos.
Duele esta mutilada sonrisa
y se extraña aquella mano.
Llora un corazón mordido por una vieja herida.
Nadie lo sabe.
Nadie lo desmiente.
Tú y yo.
Luz y sombra.
Fin y principio.

Cae la virtud
y ya no alcanza una hoja de parra
para ocultarse.

Esta noche se ahueca más el abismo que espera
y en la vereda de enfrente
brilla un deseo de fuga
reprimido.

Tan sólo una mano se atrevió
haciendo posible la caricia

que salva del exilio,
que sostiene frente al fulgor de cada signo,
que nos rescata,
y devuelve la esperanza
aunque se sienta cada hueso
raído...

pero a pesar de la condena
desde muy adentro
el latido,
atraviesa los bordes
y echa raíces.

Adán

Primer nombre esculpido en la memoria.

Primigenia figura a imagen y semejanza.

Por orden divina dominas la tierra
y su labranza, es tu sentencia.

Te inclinas, te levantas.

Ruegas y aceptas.

Un vulnerable destino

de quebradiza trascendencia te dibuja.

Trashumante, guerrero, primitivo,

osado, indómito, arrogante...

Deliras por una hembra y te subyuga

con encanto de serpiente pecadora.

Entonces, embriagada de veneno mortal

te besa.

Te dejas besar y sucumbes...

Has caído y caes y caes...

No te resistes.

Han pasado los siglos y

no ha mutado tu esencia de semental salvaje

aunque,

el precio ha sido muy alto.

Los papeles ya estaban repartidos.

Reclamo de Eva

Tú me has hecho perder la cabeza
y desde entonces
 en trozos disgregados me paseo
 delante de los espejos
 para reconocirme.
Conteniendo los suspiros
 que me han hecho tu esclava...
 por los siglos de los siglos.
Ahí estás refugiándote en tus miedos
en tus palabras no dichas
 recogiendo las hojas caídas
 de cada despedida.
Como si no fuera posible volver al Edén.
Como si no fuera posible volver a ser
los mismos,
 los pecadores del paraíso.

Me cuesta reconocerte...
No. Yo no voy a declararme culpable.

Paraíso

Te mantienes ahí
 impecable
 como ciudad natal.

Rincón invulnerable,
 inconmensurable jardín.

Yo voy y vengo...
 Y eres huella y eres signo.
El estigma muerde la utopía
 y se hace grito
y más acá del silencio te nombra paraíso.

El recuerdo es el auxilio
 y la herramienta
 forjadora del emblema.

Nada, ni el tiempo te detienen
ni siquiera te amedrentan
porque a pesar de tu cambio
 y de mi muda
 aún esperas mi regreso.
Serte fiel es la recompensa.

Generoso

perdonas mis desaires

y me regalas, a cada instante,

sin pedir nada a cambio

ese aroma a pueblo

incomparable.

Cenizas

Han incendiado el jardín
pero, sólo tú y yo vemos
cómo el viento sigiloso
levanta las cenizas.
No importan los desahucios
ni el país en ruinas
ni los pobres, ni los olvidados,
ni los miserables...
Nadie atina.
Nadie extingue el fuego que calcina.
Mientras el viento
esparce las cenizas,
el recuerdo de aquél jardín,
nuevamente en la memoria
se dibuja.
Antojadizo, corruptible
pecador e ingenuo...
...como cualquiera
de nosotros
se deja arrastrar
como la ceniza misma.
Siempre vamos a estar solos
lejos del jardín.
Sin embargo, a ti y a mí,
no nos gustan los grises.

Habitante del jardín

Blanco habitante de los ojos andaluces
verde sobreviviente de la jungla de los días.
Te rescato del jardín de la memoria
y me detengo contigo
a contar historias.

Horas piedra, horas espera
horas demoradas en el jardín
extranjero, ajeno a la intemperie
a la que sometemos
la inclemente relevancia de las horas.

De la mano del paisaje
la ensoñación nos hace testigos
de la oblicua materialidad
que nos habita.

Nos acerca
irremediabilmente
y nos distingue.

A través

He visto girar los girasoles cuando amanece.
He visto duendes mágicos
trepando enredaderas
antes que caiga el sol.
He visto hombres marchar sobre playas desiertas
y mujeres descalzas mordiendo el polvo
del destierro.

Y he visto más...
a los que alguna vez miraron
más allá del horizonte
pero que hoy, ya no pueden mirar.
He visto al marino sin barca
resquebrajarse perdido al sol
y alimentar las gaviotas.
He visto los lobos abandonar su escondite
y pedir perdón después de devorar la presa.
He visto la luz y la oscuridad.
La lágrima y la sonrisa.
La montaña, el cielo y el mar...
Quizás ya he visto lo que tenía que ver.

Sin embargo
atraviesas el jardín a ciegas
y vienes a buscarme.

Esa certeza...

Otra vez me mira el jardín.
Descubro que no tengo sombra
y que la noche cae.

Tiemblan los árboles.

Los bordes de mi silencio
dibujan grietas...
Siento que soy savia
y la poesía es la sangre
que fluye y alimenta.

Pesados caen mis brazos.
Soporto clausura y soledades.

Sin embargo,
florece la mirada al aire
y me sostiene el tiempo
de valles y racimos
que me habita.

Eros está aquí

He visto caer angelical una pluma
que incendió mi silencio
y pude comprender
es cierto: el duende existe.

Eros acaricia mi espera
y yo, que he buscado por tanto tiempo:
unos ojos espejos del alma,
una boca ebria de rocío,
manos creando lo que tocan
esa piel que invita al desenfado,
un cuerpo que levante admiraciones
siento, al fin
y la tentación me golpea...

Un monólogo de protesta mueve mis muros
y me remite a mi misma.
Sigilosa, recojo el rastro del amor
y súbitamente
sé, que la espera ha terminado.

Los dioses se devanean entre risas a lo lejos
y yo sólo tengo un signo entre mis manos.

Las Cárites

Las Tres Gracias,
parte del séquito de Afrodita
recogen su desnudez sorprendidas
 en el jardín y sonríen.
Mujeres ellas, diosas,
 habitantes todas
 de la carne que soy.
Embajadoras fervientes del Olimpo
mitológicas musas esquivas...
Reconciliadas con la historia me traen
ecos prodigiosos y una dulce melodía...
 y extasiada abandono mi sombra.
 Como esfinges me traen los pilares
del conflicto desde donde soy
 y subsisto.

Todas danzan alrededor del fuego
 de una memoria lasciva.
Se bañan en aguas cristalinas
 y dormidas sobre la hierba suspiran.

Caminan descalzas por el Jardín
y se cuentan al oído
quizás una y mil leyendas,
versiones exiguas,
letanías, profecías,
burdas mentiras, locuacidades, quejas...
Nadie puede oír las.
Ni oír lo que se dicen...
Se devanean a lo lejos y sólo permiten
una fugaz mirada.

Ángeles caídos
perdidos en el tiempo,
símbolos de frágil eternidad.
Herederas del encanto y la belleza
que sin decir palabra,
se mecen,
más cerca de lo que imaginaba.

Indicios

Búscame en el delirio
donde las calles rían transparentes...
Donde baile desnuda la ciudad
de los pecadores sin redención
ni castigo.
Donde duerma el sol y cante la noche.
Donde nacen los sueños azulinos
y cesan los temores.
Donde reina el viento magnífico.

Allí donde es posible imaginar
cuando ves hacia adentro.

Y todo será fácil.
Yo, paciente, espero...

No habrá vórtice capaz de empañar
nuestra vigilia.

Si me crees,
búscame donde late un sentimiento
donde oigas el grito del silencio,
donde encuentres
ese espejo que refleje,
la veladura de tus sueños.

Dormir en el jardín

Vamos a dormir en el jardín
tendidos a la sombra de una cúpula
de estrellas.

Para quedarnos con los olores
habitantes de la memoria.

Toda una historia se muestra allí
aunque no sepamos leerla
aunque no podamos descifrar
códigos y signos...

Constelaciones y pensamientos
se entrelazan y danzan lentos,
minúsculos.

Una equivalencia abstracta
resulta rotación completa
del ser
que descansa
del esplendor distinto
excesivo,
después de la tormenta.

Enamorada del silencio
rodeando tu cuerpo desnudo
me descubro.

Y no hay más...

Señalan los puntos cardinales

los extremos extasiados

después de todas las caricias.

Lluvia

Es la lluvia quien trae los recuerdos
y palpita.

Riza los sueños.

Come de mis silencios
y me estremece.

Me trae al borde de mi misma.

Se regodea dando saltos en el suelo
y se desviste pernicioso
mojando los márgenes.

Melancólicas voces

generan el desvelo
y puedo morirme viendo cómo caen
cómo acristaladas gotas se deshacen
y dibujan extenuados sobresaltos
de suave perfume
y verde tolerancia.

Un desorden del orden altera

y me seduce.

El silencio acompasa
la monotonía estratégica
y me arrebató
la lentitud del final,
agónica premonición
de violación y abatimiento.

De pronto me invade
un olor a tierra mojada.

Nocturno

Se ha dormido la luz
y la noche ha bebido bastante.
Un resplandor enigmático
desnuda las formas
y del otro lado
los fulgores simétricos
te delatan.

A veces pienso en ti...

Sueño que estás aquí
y quiero despertar
y encontrarte
omnipresente
en un improvisado
simulacro de parque
para sustantivarme con tu nombre
para habitarte y echar raíces.

Y creer que estás ahí
o que vendrás
como quien no quiere irse
cargada de imágenes
de locuras y extrañezas
para deslumbrarme

con tu letal desnudez
con alma de ángel caído.

En el rincón más oscuro
volveremos a ser amantes
y pecadores
a imagen nuestra...

Sobre la hierba y el rocío
como únicos testigos.

Porque la noche contigo
no tiene fin y es derroche.

Anhelo

Hubiera querido ser pintora.
Plasmar el paisaje,
dibujar la sinfonía de la vida
y en pinceladas cortas
excitar los tonos,
generar la metamorfosis
de las sombras.

La luna de mármol
se instala reina de la noche
y me instiga transgresora.
El paisaje no me pertenece
y yo no pertenezco al paisaje.

Si pudiera pintarlo con letras
y adueñarme del esplendor,
de la albura creadora
que a mis ojos asoma
inventando el eterno juego
de luces y sombras
con palabras
apenas,
con lo que a mí me toca.

Recuerdos

Más acá del tapial se alimentan ilusiones
que no han de morir,
porque comen de nuestras manos.

El horizonte sólo es un velo imaginario
que puede teñirse de azul...
y también desvanecerse al cerrar los ojos.

Más acá de los naranjos
duermen al sol nuestros latidos
después de habernos devorado el mundo
después de habernos bebido el destino
como ápice y designio
que nos une y nos eleva...
entonces, los juegos de la inocencia
se recluyen en un castillo de papel.

¿Quién compartirá ahora
nuestras obscenas realidades?

¿Dónde están las mezquindades niñas
que pintaban de amarillo
los limones del vecino?

Cada uno debería tener limoneros
en el jardín,
para que no mueran los recuerdos.

Tómate tu tiempo

Deja que crezca la hierba donde existe la piedra.

Deja que brille el sol
sobre los hombres
y desnude su pequeñez.

Mientras el viento mece las horas
el paisaje reverdece,
cuando te nombra.

Deja que sea hoy el mejor de los días...
...que sueñe con el paraíso...
...que envuelva el hechizo a los incrédulos...
Estamos en el tiempo de existencias fugaces
y el último cansancio
acudirá a nosotros.

Después del gran salto,
todo permanecerá allí, intacto.

Sólo deja que te arrastre una sonrisa,
una hora desheredada y única,
ataviada de eternidad,
pero tuya.

Tómate tu tiempo...
contempla el jardín
con mirada de luna que todo ilumina.

cuando se apaguen las luces
cuando bailen juntos a su ritmo
cuando puedan mecer sus alas
suavemente
sin testigos...

Ellos moldearán rayos de sol
a escondidas
y quizás sin permiso
se oirá, un poco más cerca,
la risa de los niños.

Dibujarán arabescos hacedores del destino
y será el gran día
sin estridencias
sin sabores mezquinos
hecho de amor y entrega
mordido por el embrujo
de un sueño prohibido.

Dejarán la carne y el recuerdo
y munidos de murmullos y secretos
crispados de terciopelo
correrán desnudos hacia la colina
haciendo de cada encuentro
un mágico comenzar de nuevo.

Cerrarán las puertas
y abrirán las alas de eterno vuelo
para elevarse
para hacerse jirón de vida
allá
donde nadie puede llegar
sino en sueños.

El jardín de los recuerdos

Múltiples siluetas se deshacen en verde y negro
mientras leves rayos de sol
juegan a las escondidas con los recuerdos.
Y el viento mece los sueños...

Asisto sola a su encuentro
sin saber de lo que seré testigo.

Las almas libres caminan descalzas
por el jardín
en la eternidad de cinco minutos.

Nadie pregunta por ti, ni por mí,
pero todos nos conocemos.

Los helechos duermen pletóricos
y los nombres juegan al escondrijo.
El embrujo se adueña de todo
y los pasos del regreso
me despiertan del sueño profundo.

Tú también puedes despertar
y ver lo mismo que yo...

En las lindes del jardín

Te vi llorar en las lindes del jardín
extraviada.

Perdida en tu intimidad infinita
alejada de la mano de Dios...

Y vi las estatuas del parque temblar
movidas por la piedad.

Contemplaban atónitas
cómo resbalabas tristeza abajo
despeñándote.

Hasta que una pluma
anunció el vuelo de los ángeles.
Seguramente venían a buscarte.

Te vi temblar en las lindes del jardín
sin poder decir tu nombre.

Y las golondrinas generosas
te trajeron un nombre nuevo
perfumado de azahar y magnolias
para que todos te envidien...
Para que no pueda volver a dormir
sin recordarte
con el aliento del viento

besándote la piel desnuda
e infinitamente
deseable.

Te vi llorar lejos del jardín
sin saber si alguien era capaz de reconocerte
de saberte amiga.

No podías mirar atrás.
No podías verme.

Y sin decir adiós
te marchaste
antes de convertirte en piedra.

MÁS ALLÁ DEL JARDÍN

*“Estamos condenados
a dejar el Jardín:
delante de nosotros está el mundo.”*

Octavio Paz

*“Sucedee en general que el mundo cambia,
no demasiado rápido a menudo...
y uno se encuentra en medio de todo cuanto era,
desconcertado y torpe,
sacrificando incluso la nostalgia.”*

Luis García Montero.

Más allá del jardín

Más allá del jardín
fui testigo mudo
de entierros cotidianos
con mirada de luna
que se esconde.
Con temblor de luz que se apaga.
Con el mutismo
de los helechos mustios...
y paradójicamente
la vida brota
en las raíces nuevas
como si nada hubiera pasado
irremediablemente.

Más acá del jardín
las miradas se entrecruzan
y tejen la urdimbre
de una identidad única
salvaje y primitiva
aunque el día sucede a la noche sin demora,
aunque la brisa se desvanece y se hace aire,
aunque los latidos
se acompañan e improvisan
y al fin, temerosos gorgotean
la canción del recuerdo.

Entonces la vida se renueva
y la muerte se va a pasear
sola, para que nadie la vea
ni la entretenga...

Los pies descalzos no pueden resistir
la demora en el jardín
de los días felices.

Vaivenes

Aquí y allá
se oyen pisadas que perforan la tierra.
Las huellas se hacen furiosamente
perceptibles.

Y como siempre,
digo,
casi sin saberlo,
ando a la deriva...

Quiero sobrellevar lo inexpresable,
amedrentar los miedos
y sepultarlos con fe.

Arrojarme segura
como heroína
para salvarme del naufragio
al que me condenan a diario
los fulgores de nunca acabar.

Quiero ser lo que he sido y lo que no he sido.

Conocerme y reconocirme
para que pueda al menos,
en este juego de vaivenes
tenerme de testigo.

Abolir las fronteras

Me dejé llevar
arrastrada
por un parapente imaginario...
la imagen fue borrosa
y el suelo se vio más lejano.

Sumida en un despegue diáfano
me dejé llevar...
Contemplaba tu velero inmóvil
y no supe más...

Dije no al retorno. No al fin.
No a la vaguedad...
Sí a la creación deliciosa y sutil,
plagada de magia
y como en un poema
me dejé llevar...

El viento,
único testigo,
me devoraba en el columpio.

Mandato

No cortes la rosa en la mañana.
No cierres la ventana ante el ocaso.
No bajes tus ojos porque oscurece.

Libérame con tu intento.
Nútreme con tu vida,
que mi barro cuajará
y seré simple canto,
denodadamente...

No bebas del agua sino sediento.
No tires migajas, plántalas...
Sacúdete y madúrame.
Espolvoréame tu continencia.
Grano entero.
Grano partido.
Semilla de sentimiento
espárcete como rayo de sol.

Inunda mi existencia.
Déjate fluir vestido de río...
Te beberé.

Te absorberé
como tierra fértil,
como limo sediento
y seré canción
irremediablemente.

para dispersar la espesura del bosque
y aletargar por debajo de los nombres
la opacidad de la maraña
de estos absurdos tiempos.

Me basta con saber que, como yo,
morirás en el intento.

Acuarelas

Pinto caminos amplios que apenas muestran el sol
cuando el otoño nace.
Un poco arbolados, un poco desnudos,
un poco míos, un poco tuyos...
Pinto huellas que escapan, marcas indelebles,
pasos a seguir
y tus signos, garabatos del tiempo
no agonizan, se nutren en mí.
Pinto un leve movimiento en la atmósfera temprana.
Se percibe tu silueta entre la fronda recortada...
Tu presencia inunda el lienzo
y vuelven a mí memorables acuarelas
impregnadas de mañanas de esperanza.
Pinto arabescos rojos indescifrables,
rincones profundos, oscuros,
agujeros poligonales, huecos en ocre,
pasadizos azules secretos,
intransitables laberintos verdes
y lugares blancos, donde nunca hay nadie.
Y pinto tus ojos incansables que buscan
como los míos, anhelantes,
un recodo en el camino, una tregua,

un sitio donde el amor y la dicha
sean tan intensos y perdurables
como la lluvia y la piedra,
como el sol y los mares.
Pero por más que pinte nada alcanza
para darle color a tu imagen.
Dibujos en tono sepia me asaltan
y encarnan recuerdos insoslayables.
Mis pinceles ruedan abatidos por la lágrima.
Y otra vez, pinto caminos que van a ninguna parte.
Las memorables acuarelas ya no me asisten
y a ti,
sólo puedo dibujarte en el aire.

“La madrugada deja rastros de oscuridad entre las manos”

Luis García Montero

Amanece...

Cuando la noche apaga decidida
sus rojizos dinteles
siento que
trepan sueños de amor a mi suerte
y...amanece...
Amanece la piedra quieta del camino,
el agua destellante en la fuente,
y la luz todo lo pinta.
Amanece tu mirada febril y soñolienta.
Y me miras...
Tus manos acometen
guiadas por el instinto inerme.
Te desvaneces en caricias
pero resurges inquieta,
porque amanece...
Amanece tu boca susurrando poesía.
Se desperezan apetitos e instintos
dormidos como notas de una lira
y se inunda el cuarto de armonía.
Amanece tu vida junto a mi vida.
Amanecen tu sal y mi sed,
tu cuerpo y mi cuerpo,
tu savia y mi sedienta piel.

Hoy, como siempre, amanece...
y tu sonrisa diáfana y cristalina
que se dibuja serena
 más cerca que el horizonte,
me dice que todo es posible,
 que vale la pena soñar
 y despertarse de ese sueño,
cuando se quiebra la noche,
cuando el brillo lunar palidece,
cuando se mudan las estrellas
 y se encienden las quimeras
 que iluminan los rostros,
cuando amanece,
 simplemente,
 cuando amanece.

Hay horas...

Hay horas piedra, infinitas y quietas.
Horas de sal, de trigo y de uva.
Hay horas borrachas de tinta...
Horas roca, roja tierra.

Hay horas sublimes
como la de haber sido red,
para contener tu caída.

Hay horas y horas...
como la hora del ahora,
la hora de tu musa inspiradora.

Hay horas de exilio
y exilios sin hora.
Quiero exiliarme
y ser parte primigenia
de la aurora de tu nueva hora.

Quiero exiliarme del reloj
para ser tu hora.

Hay horas de despojos
de miedos y dudas ancestrales,
 laberintos intrínsecos,
 huecos, mutantes
 y perpetuos.

Hay horas frágiles
como la de haber sido cinta
 que ata, pero no esclaviza...
 y viene al recuerdo
la hora mágica de haber sido sol,
 para iluminar tu vida
 y mi vida.

Hay horas sin tiempo,
 sin pasado, sin futuro,
 y sin presente...

Horas transparentes y de luz:
 cuando puedo decirte todo
 sin palabras...
 a toda hora, por siempre,
 sin alcanzarte nunca.

Desafío

Hay quien busca ocultar la miseria del mundo
y así apagar el fuego, sin embargo,
el sol quema cada vez más
aunque parezca lejano...
Otros se disfrazan de modestia escondiéndose en nubes huecas
y sin embargo, cuando cae la lluvia
se mojan igual que vos y que yo y tiritan...
Yo busco ser como soy
aunque duela la boca por llevar los dientes apretados,
duelan los huesos de tanto esconder la vergüenza
y duela el corazón, si la hora se llama fingir...
Sin embargo, el espejo tiembla hoy
y a pesar de tanto dolor
nace el heroísmo dormido
en la almohada de la inconsciencia
nace la palabra veraz y la mano tendida.

Hay quien busca entre las pequeñas cosas.
Hay quien busca la llave y la salida.

Unos ojos llaman, sutiles, casi sin decir nada...
para no romper el frágil velo que cubre el silencio de las almas.

A veces, una mirada puede más
y ya no es tan oscuro el cielo
ya no duele tanto el barro mancillado.

Una mirada nos salva,
nos sobrevive y al recuerdo,
nos guarda de la caída, de nosotros mismos, del infierno,
disipa las preguntas
y nos nombra errantes y comprometidos,
aprendices del camino.

Pero algunos, no nos atrevemos a abrir los ojos,
a reconocernos
pequeños cacharros de carne y hueso,
simples utopías embebidas en sangre
que respiran, sudan, luchan
contra los molinos de viento,
en la tormenta de los tiempos...

Y otros, menos valientes,
apenas esperamos que llegue la calma al embravecido reloj
que nos tiene prisioneros.

Sin embargo, el espejo tiembla hoy...

Pon alerta tu corazón

Ay de ti si el paisaje se escandaliza
entonces, sólo un estado es posible:
el que trae
en andas recuerdos violáceos
y humedece los ojos...

Un estado mágico y virtuoso
de ensoñación y transparencia
donde la conciencia juega con la razón
a las escondidas.

De pronto,
el paisaje se diluye en los rostros
y disipa el esquema.

Sólo un estado es posible,
el que libera,
el que te hace invulnerable
y recrea,
plazas de cartón, escaleras de crema,
nubes de algodón, lluvias de seda,
arco iris de papel y árboles de tela
y sobre la tierra siembra,
delinea surcos y llega
al límite del territorio donde el tiempo
se retuerce y altera.

Cuando la vida golpea la otra mejilla
y eriza los corazones del mundo
se clausuran las puertas
pero por la ranura puede verse
cómo se alimentan las almas hambrientas.
A veces, el paisaje se escandaliza,
cuando se alborotan las bestias
que viven dentro, tras la puerta.
Y sólo un estado es posible...
pon alerta a tu corazón de mortal a secas.
Del temblor hemos nacido
para descubrir el canto de la vida
despilfarrado en el paisaje,
aunque las bestias caminen
sobre nuestras huellas
de espaldas al milagro,

aunque para algunos sea imposible,
aunque no todos estemos invitados
a la fiesta.

Acaso sea...

¿Acaso existe la lágrima que borra
la gran pena y la existencia?
Existe la jornada que abruma...
que conmueve la fibra y la esencia.
La mano que no guía, ni se agita,
ni acaricia, ni escribe, ni reza...
sólo oprime, castiga y te quiebra,
se levanta y golpea.
Empaña y languidece la tristeza
que quema...
La fe, se doblega.
La leve brisa ya no alivia
y la marea me arrastra lejos,
como a mis ojos, en viaje de ida, sin vuelta...
La soledad me condena y tu partida
me destina a un lecho de lágrimas,
a un mar de azules recuerdos,
a una vida de nostalgias...
Y surgen, la letra de un lamento
y mil preguntas sin respuestas.
Y queda el dolor sin consuelo,
un nudo en la garganta
y un poema.

¿Acaso sólo vestigios de amor me sostengan
o es esta enredadera de flacos huesos sin ideas?
¿Acaso sea aquél amor,
ya distante, ya imposible pero que queda?
Acaso divague tratando de encontrar
 la llave que abre la puerta.
Acaso sea lo único que queda...
 el dolor sin consuelo,
 un nudo en la garganta
 y un poema.

Volver

Yo no creía que quería volver.
No creía que podía regresar.
Me lo han dicho las horas
 ingobernables de la intemperie.

Cuando cierras la mano escondes mi debilidad.
Cuando apartas los ojos agitas los miedos.

Cuando no hay argumentos
 los extremos entorpecen el camino
 para no volver, para sobrevivir

 y sin querer
 se clausuran las puertas...

El rito aún permanece ahí detenido
 atemporal, subyugante,
 reivindicando nuestra estupidez
 amarrando pensamientos kafkianos
 donde todo se detiene.

Y otra vez,
 aunque no lo quiera
 aunque no lo crea
 soy quien vuelve.

Es necesario

Vuelan libres las palomas en el cielo.
En ese cielo que sueñan mis ojos
y tantos otros...

Las horas en la tierra se estiran
y el tiempo no cede.
El ayer duerme en las raíces silenciosas
pero el hoy, levanta su voz
a pesar del dolor en carne viva.

Porque es posible que existas.
Porque es necesario que vivas
aunque parpadee la memoria.
Es necesario fundar al hombre nuevo
sobre el nefasto desquicio
que perpetró una condición humana.
Es necesario derribar los muros
y desdibujar las fronteras.
Y es necesario asirse a quiméricos sueños
que no mueren aunque falte el aliento.

Y es necesario al fin
dejar que griten libres
los silencios que duermen dentro.

Es necesario que existas
después de todas las pruebas...
aunque las fechas acoten tu existencia.

Mensaje

Miro hacia adentro
y siento que puedo
extirpar los miedos.
Las dudas latentes y ocres
tan antiguas y mías
se extinguen.
Voy aprendiendo a vivir
desterrando
imágenes huérfanas
y cautivas de mis muros.

Copio los signos de tu voz
y dibujo con mi cuerpo arabescos
implícitos y feroces.
Describen un itinerario
esfinge de suerte o destino.
El oráculo lo dice.

Y va la tinta sangrienta
violando tu desidia.
Atrévete a sangrar conmigo.

Verás cómo surge la nueva piel
que cicatriza la herida
desvencijada por el tiempo
omitida por los cuerdos
tan profunda y tan cruenta
que se ha instalado
al otro lado del olvido.

Cierro los ojos. No veo.
Tampoco oigo lo que no quiero oír.
Si solo se tratara de ser omnipotentes...

El miedo vuelve a pintar el paisaje
oscuro y sombrío
entre lo conocido y lo desconocido
pero,
no sólo de pan vive el hombre.

Presencia

Cuando tu presencia disipa las horas estériles
se parte mi cielo azul,
se rompen mis soles
y lo sabes.
Se agrieta mi existencia habitada por la locura
y descubro,
donde lo racional pacta con lo impensable,
que sólo tu beso me cabe,
que atravieso los siglos para tenerte
que se termina mi verso
si no ríes, si no hablas,
si no me miras, si no compartes
tu onírico vuelo,
tu gesto inagotable
que permanecen indemnes al tiempo
como inalterables mapas.
Es tu presencia
la que minimiza los compases del reloj
y extingue las orfandades de las horas
hasta hoy inmutables.

Se recrea en cada nombre
y con los sueños, como si nada,
se amalgama
mezcla de euforia y hechizo
en noches de luna clara.

Tu presencia
trae a mis huecos la simiente
de la nostalgia...

Y los bordes se funden
como idénticas palabras,
como gemelas causalidades,
almas dueñas de todo y de nada
en el límite absurdo
de una encrucijada.

Me haces saber
de la aventura de vivir
cada instante, como si fuera el último,
antes de caer rendida
a los pies de un buen augurio.

Cuando las apariciones me desequilibran
y ya no hay límites,
tu presencia me rescata y sostiene
me reclama con las ausencias mínimas
y me quiere a la altura.

Pequeñas verdades

I

Racimos y verdades intactas
nombran tu destino
y escriben en papiro.
Plegarias y partiduras
se quiebran y se duermen
apesadumbradas
en tu desgarbada espalda.
Se desvanecen los días en la espera
pero es la ilusión
quien te deja escapar por la ventana.

II

Sólo mis ojos dibujan el itinerario
con ansias de seguirte.
Despego mis pies del suelo...
La ilusión me envuelve
La magia me volatiliza
la tierra bajo mis pies sucumbe
y la caída me dice

que es sólo un sueño,
un sueño que aturde...
y vuelvo a cerrar los ojos...

III

¿Qué silencio habrá de silenciarnos?
¿Qué sombra nueva traerá la noche?
¿Dejará el miedo paso a la locura?
¿Dejará el corazón de rendirse a una sonrisa?
¿O ganará el tiempo la batalla?
No podemos detenernos a mirar en los charcos...
No podemos rendirnos:
Hay que construir un mundo
donde soñar sea posible.

IV

Vacía tu caudal precioso en cada gesto
en cada mirada.
Abre tus compuertas.
Deja que se te escape el alma.
Se convertirá en mariposa.
Sobrevolará el destierro
Y la estratósfera.

V

Puede que tu corazón se enamore
antes que llegue la mañana.
Puede que se convierta en indómito
y que regale amor
hasta desangrarse.
Puede que le resulte cómodo
soportar el silencio,
la mentira,
o que se suicide ante el abandono.

VI

Cuando una palabra tuya
amiga y fecunda
se enamoró perdidamente
de mi silencio,
pude encontrar mi mitad
y reconocirme,
anoche.

VII

En sus amplias pupilas
era apenas perceptible
un brillo, una luz...
Lo miré. Erizó mi piel
y se me escapó
el alma
en un suspiro.

Confesión

Le he confesado al sol
que los incendios nacidos
al abrigo de intrépidos artificios
han convertido en ceniza
la inocencia de la voz temprana.

Le he confesado al viento
las exiguas lágrimas surgidas
que no lavan ni regocijan ...
y limpió mi rostro y mi cuerpo.
Hasta se llevó el dolor de las heridas.

Le he confesado al tiempo
la interminable espera cansina
de una heredad incandescente.

Le hablé largo y tendido
de la lucha, la violencia, la desidia...
de que sólo se renuevan
la miseria, la decadencia, la avaricia.
Se mueren los principios,
se navega en aguas turbias, sin rumbo, ni días...

Le he confesado al agua
las ansias de beberme océanos de angustia
y se ha reído a carcajadas.

Agua que llegó a los márgenes
de mi absurda isla y se fue de mí.
Se llevó las risas. Me dejó sin nada.

Le he confesado a Dios mis tribulaciones:
cómo hacer, cómo decir
con esta boca, mi pobre boca,
lo que necesita mi hermano,
lo que calla el que tiene hambre
o el que sufre el espanto
de saber, de saberse rodeado
por pobreza y abandono
por quebranto y dolor.

Le he confesado al cielo
mi temor a quedarme a oscuras
y en él se perdió mi eco...
dibujando mi historia con matices azules
y otra historia,
capaz de gestar la lluvia que fertiliza.

Le he confesado al silencio
la palabra premonitoria de la verdad
y lejos del jardín,
necesité oír lo que nadie se atrevió decir.

Le he confesado a la locura
que padezco de cinismo exacerbado
y me paso las horas fingiendo
parecer inquebrantable
y más tarde,
resbalo por la almohada
cuando en la noche,
me hablas de cordura.

Le he confesado a la soledad
que mis pasos se suceden porque sí...
ya sin signo, ya sin arraigo.
Se conjugan mi azar y mi destino
y se disputan mi suerte
los recuerdos antojadizos
del tramado laberinto.

Le he confesado a mi otro yo
lo que amo y lo que temo...
Entonces,
me aferro a mis huellas en claroscuro
y mis palabras brotan y revelan
como preludio de memorias invariables,
como alegatos tácitos,
lo que desde siempre
he confesado.

Desde un tiempo inmemorial confieso
en los extremos perdidos, idos, quedos...
y me subyuga el vértigo de cada hora

sin embargo,
no me atrevo a confesarlo todo.

Plegaria

I

Detente.

Vuélvete y mira...
aunque duerme la estirpe
come de la dádiva elegida.

Pero no aquietes
el murmullo del tumulto descreído.

No dejes que me duela el silencio
dijiste que no sería eterno,
ni enemigo.

No dejes que me sienta
ruina de la luz,
oscuridad herida
sin nombre, sin destino.

No dejes que me dibujen
arabescos arrepentidos,
bocetos desprovistos de alegría.

La roca huérfana de sueños
no es eco de palabras prohibidas.

No dejes que me caiga,
que me valla y
me pierda.

No dejes que arremeta contra la nada
que me parta,
y me extinga...

No dejes que sea huella sin memoria.

El pensamiento hiera hasta la médula
y es la raíz, que sangra por la herida.

II

Sobre todo,
no dejes de hacerme saber
que estás cerca
que es posible subir la colina.

Que es vulnerable el sol
de los incrédulos...
que es sólo amarillo
el limón del anciano egoísmo.

Que se cae la fruta madura
y que tu piel es sigilo.

Que tus huesos no son cenizas.
Que tus brazos son crucifijos
que me llevan
a la otra orilla.

Que tu voz,
inquieta la nervadura...

Que tu pausa es camino
sosiego y desdén.

Que tus ojos son la guía,
y lo serán siempre,
aunque Dios decida
volver a descansar
otro nuevo séptimo día.

III

Cuando ya parezca
que has naufragado bastante
no dejes de hacerme saber
que puedo encontrarte
en el jardín de los días

donde la descomposición de la luz
donde la oscuridad de la noche...

porque quien sube la colina
no lo hace para detenerse
va hacia el comienzo
que no tiene fin sino principio.

La desaparición será cuestión
de viento y ceniza.

La memoria, interpretada como ética y motor de reflexión, accede a un espacio lleno de sugerencias por el que se adentran la singularidad y la expresión de un tiempo vivido, recreado desde la esencia literaria. Desde el espacio poético, con su grandeza, intuiciones y encuentros, atravesamos el túnel de un recorrido definido a través de la palabra.

Poesía y diversidad, simbolismo, experiencia y diferencia, experimentación que lleva a compartir, si no directamente una posible transformación del mundo, sí a enriquecerlo. Una secuencia de actos verbales que confluyen en un espacio atrayente de vasos comunicantes que son, resolutivamente, los cauces que enriquecen las diferentes propuestas, con el consiguiente hallazgo de una verdad, un aprendizaje, una puesta en escena, una mirada. En definitiva, una identidad donde queda reflejada la música interiorizada de la memoria.

Un enlace con mundos llenos de sugerencias que anticipan la memoria crítica de la existencia, el valor de un camino y la apuesta por la poesía vital y constructiva. El pulsar de una trayectoria vital que conjuga el querer ser con el querer ver, palpar y sentir. Compartir un intenso recorrido que abarca testimonios de luz, al significar y dignificar una herencia compartida: el presente, el legado de un tiempo pasado y la esperanza de futuro a través de la creación poética.